



PRETEXTOS LITERARIOS

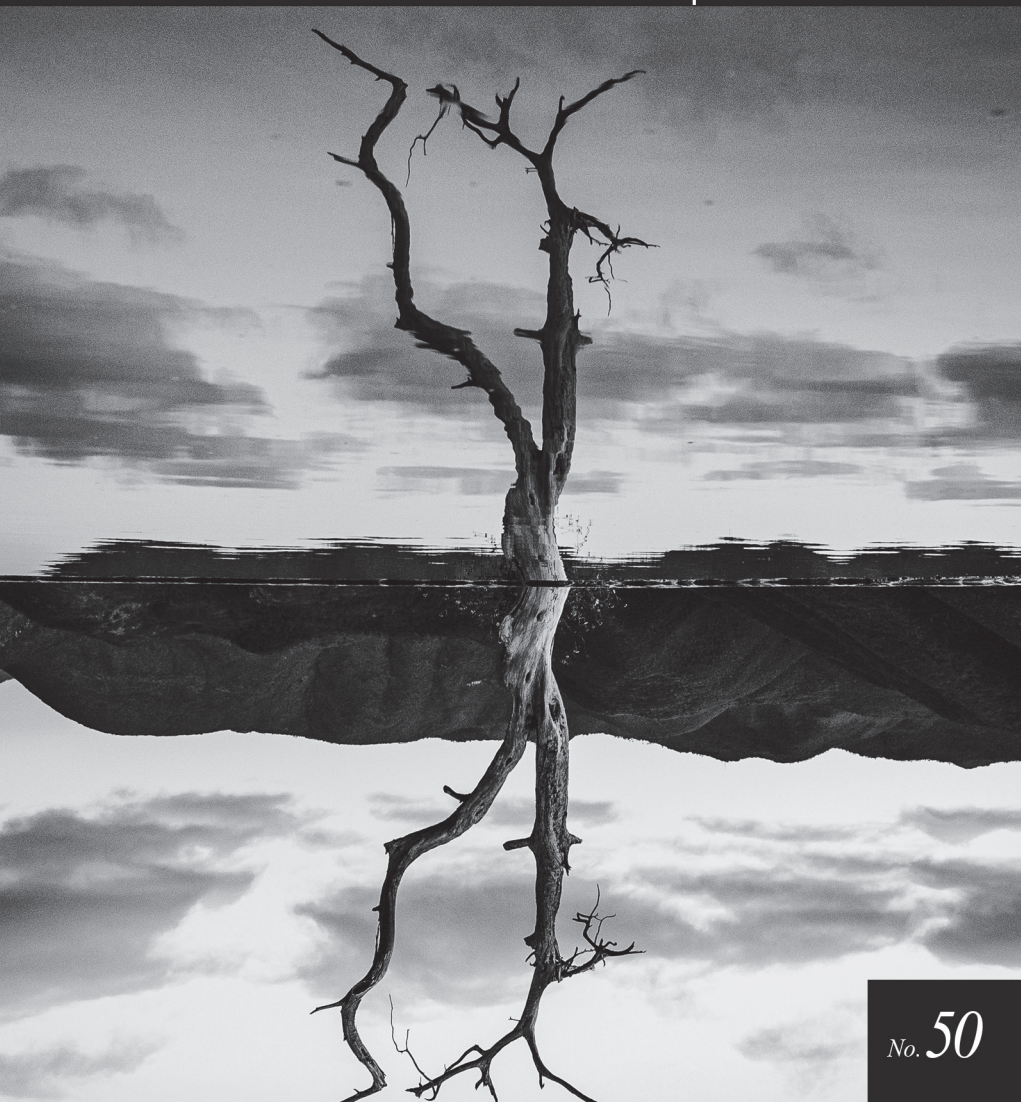
POR ESCRITO

Cuento | Poesía | Fotografía

50

EDICION

EJEMPLAR GRATUITO
JUNIO-JULIO
2024



No. **50**



BODAI
YOGA

Eleva tu práctica

Amores 949, Del Valle Centro, 03100, CDMX. Segundo piso.

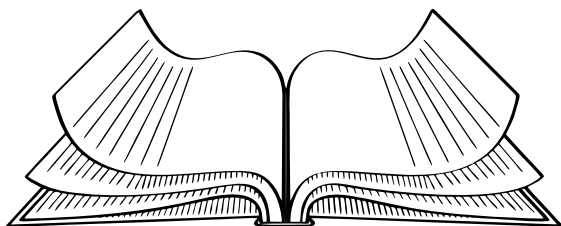
RESERVA

A través de tu plataforma de preferencia

Fitpass, Gympass, TotalPass

WA: 55 5217 0047

@bodaiyoga



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

50
EDICION

www.porescrito.org

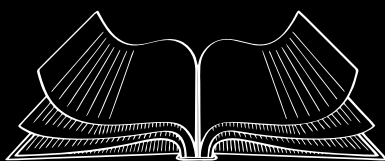




PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

<i>diente.</i>	
Salvador Galván.....	7
<i>Amantes en primavera</i>	
Sheina Leoni	8
<i>De monstruos y dioses</i>	
Ximena Suárez.....	9
<i>Autorretrato</i>	
Rolando Reyes López.....	10
<i>Al cuadro de un gato</i>	
Luisa Fernanda Pedroza Jalpa.....	11
<i>Andrómeda Pt.1</i>	
Alejandro Avila.....	12

FIRMAS

<i>Medio Suspiro</i>	
Cecilia Durán Mena.....	14
<i>Montones de libros</i>	
Juan Carlos Padilla.....	17
<i>Una mujer bohemia entre los salones de Viena</i>	
Andrea Fischer.....	20
<i>El Ocaso de los Dioses y el renacimiento del ser humano</i>	
Fernando Montoya.....	22

IMAGINARIO

<i>Herr Kaninchen</i>	
Fernando Montoya.....	26
<i>Paisaje Oaxaca</i>	
Santiago Hoyos.....	26
<i>El baile</i>	
Gibrany Jazzmeleth Becerril Saénz.....	27
<i>MSoTP Void [iDS] X</i>	
Alejandro Avila.....	27

<i>Nieves de Infierno</i>	
Santiago Hoyos	28
<i>El descanso</i>	
Gibrany Jazzmeleth Becerril Saénz	30
<i>Danzón</i>	
Ignacio Navarro	30
<i>Exótica</i>	
Ignacio Navarro	30

VOCES

<i>El otro</i>	
Luis Fernando Ponce Sandoval	31
<i>Barredor de Nieve</i>	
Enrique Meitin	33
<i>Un paseo más</i>	
Itzayana San Germán Ceceña	34
<i>La hora del muerto</i>	
Adaliz Estrada	38
<i>La mamá de mi mamá</i>	
Fidel Cantú	41
<i>La luz es como Sara</i>	
Ashley Manzano	44
<i>Lodo mexicano</i>	
Fernando Galindo	49
<i>El globo rosa</i>	
Ana Sofía Fischl Gallardo	51
<i>Bosque</i>	
Tatti Ussei	53
<i>El compendio cósmico</i>	
Alejandro Avila	54
<i>Nosotros, los verdaderos poetas</i>	
Paulo Neo	58
<i>Si las lágrimas pudieran saciar</i>	
Juan Miguel Bermúdez Ochoa	60

Hablando por escrito

En Pretextos Literarios Por Escrito estamos celebrando la edición de nuestro número cincuenta para regocijo nuestro y, sin duda, para sorpresa de propios y extraños. Al iniciar el camino sabíamos que era arduo y queríamos que fuera largo. Así ha sido. Nuestro afán de atrapar lectores y escritores ha dado los frutos para ver florecer cincuenta ediciones de nuestra revista. Basta dar un recorrido por el índice de este número que nos da cuenta, más que de una exposición de motivos, de los anhelos de quienes aquí publicamos. Tenemos algo que decir y lo decimos. Queremos que nos leas.

El proceso de encontrar lectores y conectarlos con escritores puede parecer tan simple como escribir y luego publicar. Los que tenemos tiempo andando por estos parajes sabemos que no es así de sencillo. Sin embargo, esta aparente simplicidad se desvanece cuando uno se enfrenta a la realidad de la escritura. Ninguno de los eslabones que integran la cadena que conecta al escritor con su lector se exenta de complejidad.

Escribir, en su esencia íntima implica una lucha interna y externa. Es algo así como un juego de espadas entre la pluma y el que la empuña. Los que escribimos enfrentamos obstáculos de toda índole: tenemos que hacernos el tiempo que se debe para escribir, ganarnos el sustento a diario—todos quisiéramos tener un mecenas— e incluso hay que luchar con el tema del talento. Estos elementos se convierten en los acicates cotidianos del que escribe, es un recordatorio constante de que el camino de la escritura es enredado. Esta ruta no es fácil ni directa. Se trata de una batalla particular y personal en la que los escritores nos encontramos solos ante todo.

En esta soledad, quienes escribimos somos nuestros propios jueces, lectores y maestros. Nos damos ánimos en momentos de duda y desaliento, pero a la vez somos el crítico más implacable, capaces de romper el papel con sus propias manos y tildar los textos de inmundicias. Este desdoblamiento es parte característica del proceso creativo: la lucha constante entre la autoafirmación y la autocrítica.

Los que escribimos lo sabemos, nos sumergimos en un mundo de tinta, donde las palabras gotean y ensucian. Estas manos manchadas son testigos mudos de nuestra pasión y dedicación, son una marca física del compromiso con la escritura, nos afirman lo que somos. El acto de escribir se convierte en una especie de sacrificio, donde el autor crea y destruye a sus personajes, teje y deshace tramas, todo en aras de dar vida a su obra. Asimismo, los autores creamos y destruimos nuestra propia identidad en la búsqueda constante de nuestra voz.

Y claro, la tarea del escritor va más allá de simplemente rayar palabras en papel. Es una reyerta constante con el lenguaje, donde las palabras

se resisten y los signos de puntuación parecen jugar a las escondidas. Luchamos contra la dificultad de expresarnos con claridad y precisión, de encontrar el ritmo adecuado y la voz propia en medio de un mar de influencias literarias.

A pesar de todos estos desafíos, escribimos. Asumimos el reto y con suerte, vencemos. Encontramos consuelo en las palabras, aprovechamos los momentos de lucidez creativa que iluminan la mente. Cada página escrita es una victoria, es un paso más hacia la maestría en el arte de contar historias. Se requiere valentía para enfrentar nuestros propios recelos y vacilaciones, así como una dosis extra de perseverancia y pasión. Sabemos que escribir no es solo poner palabras en papel, sino dar vida a mundos imaginarios y emociones palpables.

Y, una vez que lo logramos, hay que enfrentar el reto de encontrar lectores que quieran recorrer los renglones que hemos escritos porque sabemos que un texto que se queda en el cajón se pudre. Y ahí está la vocación que durante cincuenta números hemos perseguido en *Pretextos Literarios Por Escrito*. Esa que ejercemos con gran fervor, esa que nos da razón de ser y nos lleva a ocupar con orgullo un espacio en este universo. Somos el lugar de encuentro en el que la inteligencia del lector y la creatividad del escritor comulgan.

Con ese alto afán, con ustedes, el número 50.

La editora general



De la serie *De paso*, Aníbal Camacho

diente.

Salvador Galván

tus ojos brillando,
 casi convirtiéndose en colmillos.
 háblame del hambre, cómo la noche era blanca
 y podías escuchar a las jaurías de perros vagabundos,
 el murmullo de sus costillas.
 háblame del arrepentimiento que sigue
 a toda voracidad. háblame –
 no necesitas terminar tu frase,
 ya sé que, sobre la mesa, quieres
 sacarme las costillas
 una por una.
 vas a llorar cuando no me queden más.
 entonces háblame del amor,
 sabiendo que no terminarás de hablar.
 tus ojos brillan, blancos –
 blancomuerte.



Ivonne González

Amantes en primavera

Sheina Leoni



Alicia Ramírez

Suspira la luna llena
y se extiende sobre el campo,
descubre sobre la hierba,
a los amantes cansados,

aspiran dulces promesas,
que al verla vienen soplando
junto con la primavera
flores vestidas de encanto,

y ese aroma de poemas,
intentando acariciarlos,
amor entre hojas nuevas,
jugando sobre sus labios,

con esa esperanza intensa,
en sus cuerpos dormitando,
que despertará traviesa,
encendida entre sus manos,

ante cada primavera,
extendiendo verde manto,
apenas el alba llega,
y se enreda en su regazo,

dejando caer intensa,
magia en los enamorados.

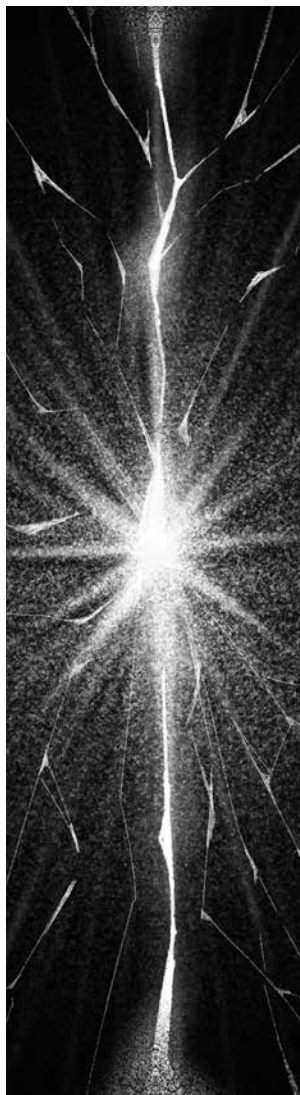
Autorretrato

Rolando Reyes López

Busco un hombre que pueda salir
cuando haya oscuridad,
capaz de escribir una carta de conquista,
leer su respuesta, comprender el contenido
y distinguir en su horizonte
la esencia de todo.

Lo deseo imperturbable, célebre,
popular, fértil, visible, hermoso y culto,
que no reciba malas noticias,
moderno, respetado, bondadoso y creativo,
aunque no sea poeta.

Necesito al que no le roban la dulzura de su alma
y sigue respetando al que no piensa como él,
al que se entrega tal semilla confiada a la tierra
pues será fruto que aliviará las hambres;
en fin, busco al hombre que una vez fui.



Carolina Gómez Cea

De monstruos y dioses

Ximena Suárez

En plena éxtasis se me ha contracturado el ser.

Me repienso en los momentos de plenitud divina cuando he tocado a Dios con las yemas de los dedos, entre las risas y el sudor corporal que me aqueja del sol de tu cuerpo.

Me releo entre las agujas que se clavan en mis hombros y los quejidos de dolor que salen de mi agrietada garganta.

Pasa un puente, pasan dos y llega el tercero.

¿Es posible ver a Dios a través del dolor punzocortante de las lágrimas que atraviesan mi alma?

Se aliviana mi alma y el cuerpo pesa.

Conozco la luz que destella entre el imaginario de las calles, me deja ciega y le nombro como a la figura faltante.

Dios no es antropomorfo, no es hembra, no es macho, es la bestia que me rasguña el inquieto pecho.

Podría irme al territorio encadenante del bajo mundo.

Podría pedirte un beso más, aunque eso me flagele hasta el lecho de muerte.

Lo veo hiriendo mis entrañas con sus afiladas garras, lo huelo en tus rizos oscuros, lo siento en tu saliva derramándome, lo desconozco en el bajo vientre extasiado.



Ivonne González

Al cuadro de un gato

Luisa Fernanda Pedroza Jalpa



Alicia Ramírez

al cuadro de un gato
a Plutón que vive en las estrellas

su felina majestad
despierta junto con la luna
el río reanuda su cauce
y salpica al rey

el gato se estira cerca de la orilla
trata de alcanzar
a las estrellas nadadoras

la cola del monarca-director se alista
para romper el silencio cristalino
y empieza la orquesta
nocturna de cigarras y hojarasca

Andrómeda Pt.1

Alejandro Avila

Nació de nuevo el sol,
y así el cosmos nuevamente murió;
entonces fue que el aguæspejo que
cubría mis pies se tornó platino.

En el cielo las nubes
se movían; pronto el sol maduró;
el agua se coloreó cobalto
y el universo se formó invisible.

El astro envejeció;
paræntonces ya más nubes no había.
El líquido se transformó naranja
y a mi alrededor más nadæexistía.

Únicamente yo.

Agua bajo mis pies.

Así el cosmos nació,
y nuevamente el oro sol murió.
Cuál bucle todo parpadeó, una y
otra y otra y otra y otra vez.

Una noche el espejo
se alejó de mí; empecé a levitar.



Alicia Ramírez

CURSO DE

ANTROPOLOGÍA LITERARIA

Para más información escribenos:

CONTACTO@PORESCRITO.COM



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Medio Suspiro

Cecilia Durán Mena

Cuando el hambre castiga, hace que los hombres se suban al techo y se queden colgados de las vigas mientras las mujeres se tumban en el suelo, no para descansar sino para apretarse las tripas. Cuando el hambre cierra la puerta, la muerte la abre y viene a traer descanso. No todos tienen tanta suerte. No siempre se lleva a todos. Ni el valiente se sienta para respirar mejor ni las más fuertes se privan de mostrar su miseria. La ven pasar. La miran con anhelo. Todos quieren ser elegidos, pero, bien lo sabemos, ella es esquiva. Se lleva a quien le da la gana y a quien no, lo deja suspirando de ganas. No le interesa para nada que sea Día de Muertos o cualquier otro día.

La tierra seca es una maldición, pero lo peor es cuando la lengua se pega al paladar y la gente se va muriendo de sed, pero todavía siguen respirando. No basta con haber comido ayer. Los que todavía tienen algo de fuerza, intentan secar el sudor que fluye por sus rostros. Se acomodan contra la pared para compensar el peso y la debilidad, para así lograr jalar el aire caliente que corre por las calles y se mete por las ventanas a todas las casas. Respiran cortito. Inhalan y exhalan con jadeos sonoros para llamar la atención de la muerte, pero ella ni caso les hace. Dirá: si todavía tienen fuerzas, que aguanten otro rato más. No interesa que se trate del segundo día de noviembre.

El árbol grueso de la plaza quedó caído en el camino de la calle principal. Los nidos se quedaron tirados y los pájaros con los picos abiertos ya no pudieron cerrar los ojos. Ya no se escuchan los lamentos de las aves carroñeras que se escondían detrás de las enredaderas y que servían de heraldos a la dama más fría. Tampoco se oyen los aullidos de los lobos que tanto miedo causaban. Polvo. Tierra. Ceniza. Calor.

La tarde se apaga y el cielo se ennegrece. Las nubes tapan la luz de la luna y la esperanza de que suelten el agua que las tiene cargadas se evapora conforme las horas de la noche van avanzando. Al rincón del patio llega una mujer de piel resplandeciente que tiene el pelo pajoso enredado en trenzas muy destejidas. Arrastra los pies y recarga la espalda contra el muro. Se acomoda en el rellano y se desliza hacia abajo hasta quedar sentada en cuclillas. Aprieta los dientes tan blancos, cierra los ojos. Lo único que se escucha son sus tres pujidos. Tiene la frente perlada y la mirada típica de quien logró dar vida.

El pequeño salió con ojos tan grandes como los de un venado, los codos suaves, los talones lisos, la piel brillante. Parece el hijo de una leona de cabello corto, de una leona que devora carne tierna. La madre con la nariz enrojecida se pega al hijo a la piel y se escuchan los ruidos del que se deleita con la primera leche que fluye de un pecho achicado y casi vacío. Mientras, la muerte recorre los pasillos y revisa las habitaciones de la casa, percibe los ruidos. Aguza el oído, afina los sentidos. Se rasca el cráneo agrietado como madera seca. Sale

al patio azotando la puerta. Los que se quedan dentro le gritan que no se vaya, que tenga piedad. La invitan a que se quede, pero se burla. Rechina las dos hileras de dientes. Rasca la tierra.

La madre se enreda en el rebozo y se hace bolita contra la pared. Se pierde entre las sombras de la esquina en la que buscó cobijo. La noche decide llegar a ayudar. La hunde en la más profunda de las oscuridades. Las nubes comienzan a tronar y cegadores golpes luminosos empiezan a rasgar el manto negro de la noche. De nada sirve, la muerte la ve. La ve a ella y al niño. Se aproxima. Los jalones de viento azotan las ventanas y botones de granizo caen sobre los tejados. Gotas gordas se desprenden de las nubes y se sumergen en los terrones secos del suelo. La hierba atada a la hondura desata las raíces y el agua derramada empieza a formar riachuelos.

La madre eleva la mirada. La muerte está parada a su lado. Es tan blanca como el resplandor de la luna sobre el río, como la leche fresca que está mamando el pequeño. Siente que un hormigueo le recorre el cuerpo. Sabe que nada puede hacer para impedirlo. Sabe que no podrá resistirse. Sabe quién la está viendo. Se escucha un bramido tan fuerte como el trueno de un cañón. La lluvia se convierte en una tormenta. La mujer como una fruta madura se desploma sobre el niño. No trató de resistirse.

Otro estruendo. Las puertas de ultratumba están cerradas. Los espíritus de los muertos se arremolinan juntos, como enjambres de mosquitos al amanecer. Se amontonan para seguir a la luna que se va hundiendo entre las montañas. Sus lamentos zumban como hojas secas girando mientras la ventolera las arrastra al cielo.

Que el sepulturero no me entierre, que no me cubra los pies con tierra y que me deje el cuerpo descubierto. Que todos los demás puedan ver mi rostro y que puedan venir a ver mis ojos que se quedaron tan abiertos. Que el tambor redoble por nosotros. El tambor nada más redobla por los vivos. Me



Ivonne González

iré al río y allí arrojaré a los que ya me había escogido. Bebe tranquilo de ese pozo de cinco aguas. Habrá lo mismo, dulce que salada, insípida que amarga y mientras viva habrá un corazón que conoce su deseo.

No hay aguja sin un punto penetrante. No hay cuchillo sin hoja afilada. La muerte se aleja con pasos tan pequeños como los de las cabras. Algún día futuro, en el ardiente amanecer, seremos puestos en un cajón y llevados en altos hombros a través del pueblo. Por favor, cuando muera, no me entierren cerca del rosal, me dan miedo las espinas. No me pongan debajo de los árboles, le temo a las sombras. No me dejen cerca del quiosco, no quiero sentir los pies de los que bailan. ¿Cómo le diré a mi madre que morí justo el Día de Muertos, si apenas puedo con mi propio dolor? ¿Quién te dijo que moriste?

Entonces, se escuchó un medio suspiro.



Ivonne González

Montones de libros

Juan Carlos Padilla

En mi casa hay muchos libros, soy de esas personas que gusta de comprar libros físicos, incluso más de los que se podrían leer, es más, es muy probable que ya tenga en mi biblioteca más libros de los que podría leer en el resto de mi vida, pero no me importa, “hay cosas en la vida que necesitamos tener siempre”, como suministros, aunque solo usemos una pequeña porción, como ocurre con los medicamentos que tenemos en casa, es mejor tener muchos para cuando se necesita aquel que tu cuerpo requiera; lo mismo ocurre con los libros, es mejor tener muchos y de diferentes temas, para que así podamos elegir el que necesitemos en ese momento.

Es muy difícil ordenar una biblioteca, porque los libros no tratan sobre un único tema, ni tienen los mismos tamaños, ni colores... por momentos se ordenan alfabéticamente, luego temáticamente, luego por autor... pero los autores tampoco escriben ni sobre el mismo tema ni en el mismo género, por eso es labor de toda persona amante de los libros acomodar y reordenar constantemente su biblioteca.

En mi caso es frecuente encontrar montoncitos de libros: los hay de libros grandes y de consulta, aquellos que más bien se ojean; hay el montón de libros sin leer junto al montón de libros ya leídos sobre el mismo tema, también el montón de libros repetidos —los que por descuido se volvieron a comprar o bien te regalaron y ya habías leído—. Está la torre de los libros por leer, pero se hizo tan alta que corría el riesgo de convertirse en Babel, por eso ahora son muchas diversas pequeñas torres de vigilancia. Está la columna de los cuentos, la de la poesía y las autobiografías —con Magallanes, von Humboldt y Bruno Traven a la cabeza—, está el castillo de los favoritos, el de los inconclusos, el de los científicos y hasta el de los esotéricos. También está el montecito de los libros miniatura, el de los diccionarios, el de los escritos en otro idioma y el de los religiosos (con la Biblia acomodada hasta abajo).

Hay torres de Pisa que apuntan en diferentes direcciones, pues los libros se acomodan de un lado o de otro según sean o no leídos, así está la montaña de la novela picaresca española, el faro de Julio Verne y hasta el volcán de Dostoievski, y la misma lógica impera en el montón, robusto y extraño, que compone el apartado de los “engargolados” la mayoría de ellos de tiempos de la universidad, cuando el dinero sólo alcanzaba para las fotocopias, pero la organización de esos montones se debe más a la practicidad, pues la mayoría ni se vuelven a leer, ni se vuelven a consultar, pero no me deshago de ellos por mera nostalgia.

Están los libros que se acomodan de manera horizontal hasta arriba de los libreros, ya que no caben en otro lado y se le llama “el montón de los



Alicia Ramírez

estorbosos”; también está el de los “exiliados”, ordenados hasta abajo en las tablas y colocados de tal manera que hagan contrapeso y no se tengan que mover en mucho tiempo —total, no queremos saber de ellos—.

No puede faltar el montón de libros sin abrir, usualmente brincan de montón en montón, así, con su cubierta de plástico y el precio todavía encima —sorprende enterarse lo que se ha encarecido este hobby—, algunos esperan literalmente años hasta poder garantizarnos con satisfacción su compra y la larga espera. Está el montón de los presumibles y el montón de los presumidos, aquellos que es mejor no prestar, no vaya a ser que no te los quieran devolver. El montón de los que se consultaron la semana pasada tiene existencia efímera, el de los que no sabes dónde poner y el de los que piensas que debes leer pronto. El de los libros solitarios que se quedaron arriba de los libros bien ordenados porque ya no cabían en la repisa, el de los libros prestados, se hayan o no leído, pero consciente de no pertenecer a esta biblioteca.

En mi caso hay un montón de libros leídos, pero que no han sido capturados, es decir, aquellos libros subrayados que esperan ansiosamente ser pasados a la computadora en forma de fichas, para después formar parte de un curso; y ya que hablamos de computadoras, en el universo de las bibliotecas digitales también hay montones de libros en formato de carpetas «carpetas de libros»; está la biblioteca digital, atiborrada de archivos que difícilmente serán leídos debido a su formato, la carpeta de textos por leer, que no son obras completas, la de los libros por leer, que es totalmente diferente al anterior, ya que se llena de imágenes de portadas de libros que deseamos

comprar, también existe la de los ilegibles, aquellos archivos en formato viejo que ya no hay computadora que sepa cómo abrirlos, simplemente no pueden ser visualizados ya.

En mi escritorio hay otra pila de libros inconclusos, los que no se han terminado de leer, el de los libros dañados que debemos reparar, el de los defectuosos —básicamente mal encuadernados—, el de los favoritos, y el de los empastados, los que pertenecían al abuelo y hasta el de los escritos por uno mismo.

Me gustaría decir también que hay una pila de libros robados, otra de los extraviados, la de los incunables y la de los libros prohibidos, pero desgraciadamente no existen en esta biblioteca.

Hay un montón de libros empolvados porque no se recordaba dónde se habían dejado, el montón de los libros que pienso que todos deberíamos leer y los que tienes a la vista para prestar, el de los que ya te devolvieron... incluso tenía una lista, perfectamente ordenada, de los libros prestados, con nombre completo, título del libro, editorial, fecha de préstamo y todo, pero decidí suprimirla, pues hay que admitirlo, un libro prestado es un libro regalado con esperanza de retorno, pero nunca o casi nunca vuelven. Se dice que hay dos clases de tontos, los que prestan libros y los que los devuelven.

Finalmente, hay una pila, pero no precisamente de libros, ya es bastante alta, algunos de ellos tienen envoltura de papel y otros incluso moño, los hay de diferentes tamaños y colores, pero llevan mucho tiempo sin moverse, se trata del más triste de todos: el montón de cuadernos en blanco... ¿cuántas personas me regalaron cuántas libretas pensando que debía escribir?, creían que podía hacerlo y no hice caso, dejé de escribir por diez años, y fui acumulando y acumulando libretas vacías, llenas de intenciones que jamás escribí.



Alicia Ramírez

Una mujer bohemia entre los salones de Viena

Andrea Fischer

El papel de la musa para un artista siempre resulta, a lo menos, difícil. Mucho más si se trata de señoritas de alcurnia en los últimos años de la Viena del siglo XIX. Con el desmoronamiento progresivo del Imperio, los últimos atisbos de civilidad que podían permitirse los altos círculos de la sociedad vienesa eran mujeres bien portadas, de modales exquisitos y maneras agraciadas: mujeres para tener en la casa, como piezas de joyería para usar en eventos públicos. Emilie Flöge no fue una de ellas.

Hija de uno de los banqueros judíos más ricos del Imperio, recibió todas las atenciones que una señorita de las familias acaudaladas necesitaba: creció al cuidado de las mejores instructoras, aprendió a tocar varios instrumentos, a bailar en los salones públicos, y a dirigirse como una dama en sociedad. Sin embargo, los papeles acartonados de la época nunca la dejaron satisfecha. Quería otros ambientes, otras caras, otros ruidos: algo que le permitiese romper con la rutina y alejarse del adormecimiento de la cotidianidad.

No fue hasta que alcanzó la mayoría de edad que conoció a Gustav Klimt. Había oído hablar de él por los amigos de su padre, que se dedicaban a la tarea casi altruista de financiar galerías de arte. Sabía que era un artista de renombre: le habían encargado los frescos de los teatros más visitados de la época, y muchas de sus amigas lo habían visto ya en eventos sociales, con la mirada perdida entre la multitud, buscando musas, probablemente. Fue entonces que su padre decidió organizar un brindis: quería que su hija tuviese un retrato antes de casarse: algo que la mantuviese inmaculada, con ese trazo infantil que mantenía a pesar de su edad —algo, en fin, que la mantuviese cerca de él.

Porque sí: tenía que casarse. Seguramente con algún hijo de banquero que ya había visto, pero con el que ni siquiera había cruzado palabra. La cena fue la excusa perfecta para dar a conocer que estaba en edad de casarse —y la oportunidad ideal para que Klimt se acercase. Se organizó un banquete espectacular para la crema y nata de Viena. El salón principal de la casa hervía con gente de los mejores apellidos, los músicos más agraciados, los más reconocidos científicos. Klimt no despreció la invitación, y se dirigió con suavidad entre las masas, disfrutando de los placeres de la vida en sociedad.

Se hizo el brindis, las copas chocaron, corrieron caudales de champaña, y Emilie Flöge se enredó en un amorío del que nunca podría deshacerse por completo. Klimt le ofreció encontrarse en su estudio particular para pintar su retrato, y las visitas se volvieron tal vez demasiado recurrentes. Y así como las sospechas se elevaron, el rostro de la mujer se volvió un motivo recurrente en las obras del artista vienés. Sin embargo, la pretensión estética de

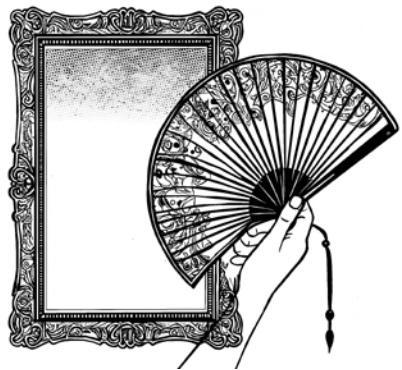
Klimt nunca fue el de representar sus facciones fielmente: algo del modernismo que se reverberaba desde que París modificó las proporciones corporales idealizadas que la escuela romántica había establecido, y había algo —tenué, pero evidente— de erótico en la caracterización de su personaje.

Conforme la presencia de Klimt se hacía más periódica en los eventos organizados por la familia, Flöge se convertía en un tema de variaciones sutiles en el desarrollo de los personajes femeninos del artista. Sin embargo, ya no se le veía representada en los ropajes magníficos que le correspondían a una mujer de su nivel, sino en cuerpos descubiertos, de senos expuestos y miradas atrevidas. La moral estricta —retrógrada, absurda— de la época criticó fuertemente el cambio en la obra de Klimt, y la figura de Emilie Flöge se hizo estridente, controvertida. La relación que llevaban ya estaba más que rumorada, y su imagen pública se vio fuertemente afectada.

La distancia histórica que nos separa de la obra de Klimt nos permite ver más allá de un cuerpo desnudo. Lo cierto es que la búsqueda estética que rigió su obra nunca se limitó a una representación exacta de la realidad: otros caudales corrían ya, y las preocupaciones intelectuales de la vanguardia apuntaban a algo superior, que extralimita los valores aprendidos de una sociedad ciegamente conservadora. Klimt introduce una nueva manera de apreciar la experiencia de la feminidad a través de la esencia de su desnudo: la expresividad sutil de su curvatura natural, el encanto de un embarazo, la contención del deseo a través de las diferentes facetas de la intimidad, y la emoción que irradiaba una mirada bien capturada.

El erotismo que Klimt propone, a través de esta nueva concepción de la mujer, permitir una apreciación estética alternativa de lo femenino: la relación que entabló con Flöge —y con tantas otras mujeres de su tiempo— le permitió crear un mosaico de los valores artísticos de diferentes etapas de la Historia del Arte: hay algo en su juego de perspectivas que recuerda a los cánones medievales, y un matiz bizantino innegable en su uso del oro para crear un ambiente de éxtasis espiritual.

Klimt confiere un tono diferente a la sensualidad femenina, que se aleja de los parámetros convencionales y que dista mucho de ser vulgar: permite un panorama mucho más amplio, donde la mujer adquiere una dignidad cimentada en su propia naturaleza —sin cánones, sin restricciones moralistas: en su estado de libertad original, más allá de los salones amplios de Viena en el siglo XIX.



Alicia Ramírez

El Ocaso de los Dioses y el renacimiento del ser humano

Fernando Montoya

Según una convicción profunda mía, el arte es la tarea más alta y la actividad esencialmente metafísica de la vida, según piensa el hombre a quien quiero que esta obra sea dedicada, como mi noble compañero de armas y precursor en este camino.

Prólogo a Richard Wagner.

El origen de la tragedia a partir del espíritu de la música

Friedrich Nietzsche

Basilea, 1871

Estrenada en el marco del primer Festival de Bayreuth el 17 de agosto de 1876, como parte de la primera producción completa del ciclo, *El Ocaso de los dioses* es la cuarta y última de las óperas de *El Anillo del Nibelungo* y primera en el orden de concepción.

Wagner trabajó planeando la tetralogía a partir de la muerte de Sigfrido, luego decidiendo que necesitaba otra ópera para narrar la juventud del héroe, para luego contar la historia de su concepción y de los intentos de Brunilda de salvar a sus padres, y finalmente decidiendo que también necesitaba un preludio que contara el robo original del oro del Rin y la creación del anillo. No obstante, la escena final de esta ópera se revisó varias veces entre 1856 y 1872. El título de esta última ópera del Ciclo, como ocurre con Sigfrido, probablemente no se fijó sino hasta 1856.

En *Götterdämmerung* (*El Ocaso de los dioses*), el idilio de Sigfrido y Brunilda, no podrá ser contenido ni por los propios dioses, y su fuerza volitiva quebranta la omnipotencia y hegemonía de los dioses, convirtiéndolos en seres débiles e innecesarios, y por ello sucumbirán y serán condenados a su desaparición total.

En *El Anillo del Nibelungo*, el personaje trágico es un dios que ansía poder y, ensayando todos los medios para conquistarlo, se ata por pactos, pierde su libertad y se enreda en la maldición que pesa sobre el poder. Su pérdida de la libertad queda expresada precisamente por el hecho de que ya no tiene medio alguno de apoderarse del anillo de oro que encarna todo poder terrenal y al mismo tiempo, mientras esté en manos de sus enemigos, significa para él gravísimo peligro; lo invade el temor del fin y el ocaso de todos los dioses, como también la desesperación de encarar este fin debatiéndose en dolorosa impotencia.

Necesita del hombre libre, intrépido que, sin su consejo ni ayuda, y aún en oposición al orden divino, lleve a cabo por sí mismo la acción que al dios le está vedada; no lo

ve, y precisamente cuando nace una nueva esperanza tiene que someterse al apremio que lo ata: su propia mano debe aniquilar al ser más querido, castigar la compasión más pura con su apremio. Entonces, al fin, siente asco al poder que lleva en su seno el mal y la ley inexorable; su voluntad se quiebra, él mismo ansía ahora el fin que acecha a lo lejos. Y sólo entonces sobreviene lo que antes más ha anhelado el dios: aparece el hombre libre, intrépido, nacido en oposición a todo lo convencional; sus progenitores expían el haber estado unidos por un vínculo incompatible con el orden de la Naturaleza y las costumbres: ellos perecen, pero Sigfrido vive (Richard Wagner en Bayreuth).

En la obra wagneriana, Sigfrido, “el nuevo hombre”, forja la espada, mata al dragón, conquista el anillo, elude el más artero de los engaños y despierta a Brunilda. La maldición del anillo tampoco lo respeta a él y lo acecha cada vez más de cerca; leal en la deslealtad, hiriendo al ser más entrañable, queda envuelto en las sombras y nieblas de la culpa. Sin embargo, emerge incendiando el cielo con los fulgores de su llama y purificando el mundo de la maldición. Todo esto lo observa en la lejanía el dios Wotan, al que se ha roto la lanza en su lucha con Sigfrido, el hijo más libre, gozoso de su propia derrota: se ha vuelto libre en el amor, libre de sí mismo.

Héroes wagnerianos como Sigfrido que “no conocen del miedo”, evocan el “superhombre” de Nietzsche que será predicado y profetizado por su Zarathustra: *Yo predico el Superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Quién de vosotros ha hecho algo por superarlo? (Así habló Zarathustra, Primera Parte, Prólogo de Zarathustra, III).*

Pero, muy particularmente la parte final del ciclo, *El Ocaso de los dioses*, evoca una revelación expresada por el Zarathustra nietzscheano: “transitar al otro lado”, es decir, hundirse en el ocaso para morir y resucitar como superhombre: Lo más grande del hombre es que es un puente y no una meta. Lo que debemos amar en el hombre es que consiste en un tránsito y un ocaso (Prólogo de Zarathustra, IV).

Emerge espontáneamente un parangón entre *El ocaso de los dioses wagneriano*, y el *Dios ha muerto nietzscheniano*. En el *Ocaso*, se narra la historia de cómo el anillo maldito y hecho con oro robado, llegará a causar la trágica muerte de Sigfrido y la subsecuente inmólación de Brunilda. Tras la muerte, sus cuerpos arderán y expiarán la maldición del anillo del Nibelungo, con lo que recaerá entonces en el Valhall y que arderá, dejando al mundo sin la tiranía de los dioses. Ya con los dioses muertos, la humanidad ha sido liberada por la voluntad pura de su héroe y de su heroína, la antesala del *Dios ha muerto*: *Cuando Zarathustra estuvo solo, vino a decirle a su corazón: “¿Será posible?. Ese santo varón metido ahí en su bosque, ¿no ha oído aun que Dios ha muerto! (Así habló Zarathustra, Prólogo de Zarathustra, II).*

Revista *Por escrito* te invita a su
curso de:

APRECIACIÓN LITERARIA



Para más información
escribe a:

CONTACTO@PORESCRITO.COM

¿TE GUSTA LEER?
¡ESTO ES PARA TI!



¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!

TALLER DE LECTURA

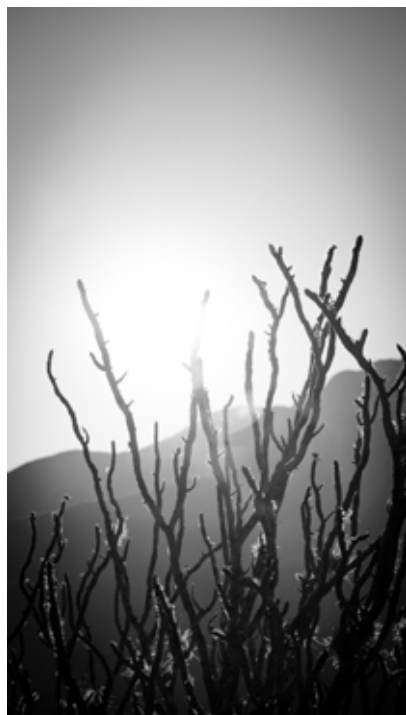
¿Interesado?



CONTACTO@PORESCRITO.COM



Herr Kaninchen, Fernando Montoya



Paisaje Oaxaca, Santiago Hoyos



El baile, Gibrany Jazzmeleth Becerril Saéncz



MSoTP Void [iDS] X, Alejandro Avila





Nieves de Infierno, Santiago Hoyos



El descanso, Gibrany Jazzmeleth Becerril Saéñz



Danzón, Ignacio Navarro



Exótica, Ignacio Navarro

El otro

Luis Fernando Ponce Sandoval

“...imaginaron que todo hombre
es dos hombres y que
el verdadero es el otro...”
Jorge Luis Borges.

Vas por la calle caminando de prisa; se te ha hecho tarde. De la nada te detienes en seco sin pensar en la gente que como tú avanzan rápido, y las cuales al detenerte, chocan contra ti y te dirigen un reclamo o un insulto. Ahora lo recuerdas: dejaste el documento que más necesitas en casa. Fuerzas un poco más la memoria; sí, lo dejaste exactamente en la sala, sobre la mesa de centro, justo al lado del florero.

Piensas rápido, tratando de hallar una solución viable. Se te ocurre que alguien en casa podría traerte el sobre a dónde te diriges y así no perderías tiempo en volver; ambos se encontrarían casi al mismo tiempo y no llegarías tarde a la cita ni tendrías que faltar.

Como contrapeso a tus esperanzas —siempre aparecen los sin embargo cuando de esperanzas se trata—, recuerdas que hoy todo el mundo en casa tenía cosas que hacer fuera. Te das ánimos pensando que quizá alguien haya cancelado su plan, o que por algún afortunado motivo ante tu actual contratiempo se haya retrasado, y aún siga ahí.

Sacas el celular del pantalón, buscas el número y marcas. Una voz pregrabada te dice que te has quedado sin saldo. Lanzas una mentada de madre a tu olvido, a tu suerte, y a las malditas compañías telefónicas.

Miras alrededor buscando un lugar en el cuál puedas realizar una recarga, pero luego de avanzar un tramo y no hallar ninguno de estos lugares, cambias tu objetivo a un teléfono público. Avanzas un par de esquinas y corres directo al primero que logras ver. Cuando llegas te das cuenta que no da tono, ni la mínima indicación que normalmente dan esas cosas. Corres otro par de esquinas —agitado, cada vez más molesto— hasta que te topas con otro. Este sí funciona. Oyes las instrucciones. “Un minuto, tres pesos” es lo único que te importa escuchar. Hurgas en las bolsas del pantalón para sacar las monedas que te pide. Miras la palma abierta. Solo cuatro pesos en cambio: una oportunidad, una sola llamada, y es la única que necesitas. Marcas deprisa los números teniendo cuidado de no equivocarte en ningún dígito.

Tienes la total certeza de que no hay nadie en casa, pues tal como lo recuerdas, los asuntos de cada uno parecían demasiado urgentes e inaplazables; sin embargo, llamas conservando la esperanza hasta donde dé. Entra la llamada. Suena una vez, otra más, luego otra; hasta aquí da la esperanza. De pronto,

levantan el auricular del otro lado. La voz saluda. La esperanza dio frutos.

Tardas un instante en recuperarte de la sorpresa que te causó el hecho de que alguien contestara. Sin perder tiempo en cortesías ni explicaciones largas, pides a tu interlocutor que revise la mesa de centro en búsqueda del papel.

La voz pregunta quién habla.

Golpeas con rabia el costado del teléfono. Te enfurece el hecho de que no te reconozca y el peligro de que en cualquier instante se corte la llamada, dejándote a merced de tu error y las consecuencias de ello. Maldices hacia tus adentros. Respiras hondo, tratas de calmarte y preguntas —de la forma más tranquila y menos irritada que puedes en esta situación— quién está al teléfono.

La voz responde, y un frío recorre tu espalda como si fuera un líquido fluyendo hacia abajo. Una extraña sensación te envuelve. Sabes que algo tambaleó, cayó, y a partir de ahora está roto para siempre; te has quedado inmóvil, sumamente confundido, presa del horror de todo esto: ha dicho tu nombre.

Ahora entiendes el por qué la voz te era tan conocida. Tal vez fue por culpa del enojo, o por la sorpresa de que contestaran, que no hayas reconocido la voz: tu propia voz.

Seguido del shock te dices que tenía que ser, que con esto confirmas lo que desde siempre intuiste: que tú no eres tú, sino el otro. Sueltas la bocina, das la vuelta y empiezas a andar, cada paso más rápido que el anterior hasta que por fin comienzas a correr. Tienes miedo y náuseas. Te vas, ya sin saber qué ni quién eres.



Ivonne González

Barredor de Nieve

Enrique Meitin

No sé si alguno recordará aquella ínfula que se dio a principios de los sesenta en Cuba por irse a estudiar a uno de los países amigos ¡Sí! a estudiar y cualquier cosa con tal de salir de la Isla y traer algunas “cositas”. Bueno les cuento que tuve un amigo que se fue a Checoslovaquia, a especializarse nada menos que en el manejo de máquinas barredoras, pero asómbrense no para barrer calles ni mucho menos..., sino para otra cosa: para apalear nieve. Imagínense ustedes que un negro santero como mí amigo, criado en un “ciudadela”, que con gran esfuerzo había aprendido hablar algo del español como coño iba a aprender el checo. Pero como la técnica es la técnica; y las palancas y los botones se mueven y se aprietan de igual modo en cualquier idioma, más temprano que tarde mi amigo se hizo operador de máquinas barredoras de nieve.

Vale destacar, que una vez graduados, para no dejarlos desempleados mientras las barredoras llegaban a nuestro país, fueron enviados a las zonas de más fría y de abundante nieve de los países del “mundo socialista” y tuve noticias de que mi amigo aprovechando esa oportunidad se quedó en Checoslovaquia. Pero no vayan a creer que fue por solidaridad ¡No señor!, fue por amor... por amor a aquellas blancas rubias de ese país europeo, que como nunca habían visto un negro tizón como él, lo besaban y abrazaban..., e incluso llegaron a querer raspar su piel para ver si abajo había un hombre de su raza, y él que nunca se había empatado con una blanca, se hizo el checo..., no el sueco como debía haber hecho, y se quedó por allá, bien guardado por aquella bella mujer, que se había entusiasmado con mi amigo. No por el color de su piel, sino que como negro al fin tenía ciertos detalles y medidas físicas que ella supo valorar.

Cuentan también que finalmente mí amigo embulló a su hermano, tan negro como él y le consiguió una beca para especializarse, nada menos que en hacer bombillos. Pueden ustedes decirme ¡Qué carajo hace falta en Cuba un soplador de vidrio! No obstante, conocemos algunos que soplan tubos, pero no para hacer bombillos, sino para otras cosas. Pero hablar de ello, sería parte de otro cuento...



Alicia Ramírez

Un paseo más

Itzayana San Germán Ceceña

El repiqueteo era demasiado fuerte. Metal contra metal. Un crujir constante y penetrante. Había abolladuras en la estructura, la canción de las poleas y cadenas que los mantenían subiendo se filtraba por sus oídos, les susurraba de la caída que tenían por delante, despertando cada folículo de sus delgados cuerpos. La sangre era fuego transitando por sus venas, adrenalina, le suelen llamar. Sin más protección que ese débil carro y un cinturón que parecía un mal chiste, puesto con el único propósito de aumentar el temor de sus pasajeros.

Daniel se revolvió en su asiento como si este se lo fuera a tragar y sacarlo de su agonía. Sus ojos brillosos y desconcertados no entendían cómo había terminado en esta situación si su última preocupación era no tener cásup para sus papas.

—Daniel, basta, así solo lo empeoras. Quédate quieto.

—No quiero estar aquí, Marco.

—Cálmate, no pasa nada.

—No quiero, no me gusta, me quiero bajar.

—Es solo... —Marco se distrajo al darse cuenta de la altura a la que realmente estaban— ...una montaña rusa.

—Nunca me han gustado. Lo sabes. Me quiero bajar.

—No podemos, es peligroso en este punto, acabará rápido ya verás, créeme. Confías en mí, ¿verdad?

—No. Siempre me engañas y me asustas, no. ¡Mamá! ¡Papá! — intentó asomarse, pero Marco lo detuvo— ¿por qué no me contestan? ¡Mamá! No la veo, Marco, ¿dónde está mamá?

—No te escuchan Dani, estamos muy alto y ella hasta allá abajo, ya verás que no pasa nada, necesito que te calmes, confía en mí por favor, ¿puedes? Ya verás que te diviertes. Sólo haz lo que yo te diga ¿va?

—Se mueve muy lento y hace mucho ruido. No quiero.

—Daniel, mírame. Haz lo que yo te diga y vas a estar bien. Tú sabes a cuantas montañas rusas me he subido, y sigo aquí, confía en mí y todo saldrá bien.

—Ninguna era así y lo sabes.

—Es lo mismo, funciona igual.

—No es cierto.

—Algo así... —dijo mientras intentaba encontrar todas las coincidencias de la máquina que los sostenía ahí arriba.

Marco le avienta una de las papitas que se quedaron en el asiento y Daniel por fin lo volteó a ver.

—¿Si te hago caso me puedo quedar con tu gorra?

—¿Mi gorra? ¿Cuál de todas?

—Obvio la que te firmó Kiké Hernández.

—¿Qué? ¿No quieres la de los Yankees?

—La de Kiké.

—¿Me la vas a prestar?

—Lo pensaré...

—Bueno. Hecho —le extendió la mano como buen hombre de negocios.

—¡Wooo!

La emoción se transformó en incertidumbre cuando el repíqueteo de la polea se detuvo y solo los rodeaba el silencio. La incertidumbre no duró ni cinco segundos cuando se transformó en voz empujada desde los pulmones al momento en que el carro empezó el descenso, sin ningún aviso se encontraban en caída libre, no se sentían sujetos a ningún riel, lo único que tenían era la inercia empujándolos a sus asientos, cada vuelta era un golpe súbito y los cambios de dirección eran tan repentinos. Marco nunca había estado en una montaña rusa como esta, eso era seguro, su grito se había ahogado y a este punto no sabía quien estaba más asustado, miraba a Daniel fijamente y recordaba sus promesas, su gorra. Daniel no dejaba de enterrar las uñas en la mano de su hermano y con cada golpe que daba el carro, su estómago sentía no poder más. Su hermano veía las lágrimas escaparse de lo apretado de sus parpados y sentía lo sudadas que estaban sus palmas aferradas de su brazo. Contuvo su terror en un instante, sabía que tenía que calmarlo, no podía verlo así. Con el estruendo de la parte delantera del carro se detuvieron repentinamente y empezaron a deslizarse lentamente entre chirridos que ladeaban poco a poco la estructura metálica hasta dejarlos a noventa grados. Daniel empezó a hiperventilar.

—Hey, Dani, Dani, mírame, ¿Sabes lo cool que quedarás con tus amigos cuando les cuentes esto?

No se soltaba, no miraba, solo lloraba.

—Dani, en serio, serás el más popular de la escuela. Todos se van a querer sentar contigo.

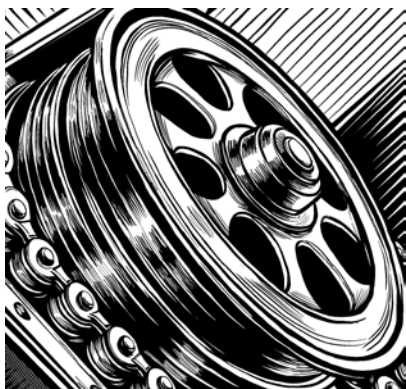
Nada.

—Incluso esa niña ¿Cómo se llama? ¿Nadia? La que te gusta.

—¡No me gusta! Y se llama Natalia.

—Bueno, Natalia, la que no te gusta, se va a querer sentar contigo también.

Una pequeña sonrisa se pintó en el rostro de Daniel, y Marco también olvidó por un segundo todos sus miedos. Estaban tan cerca el uno del otro que sus acelerados corazones se sincronizaron, la precisión era tal que podían



Ivonne González

sentirse. Daniel odió cada segundo de ese paseo y juró que nunca se subiría a una montaña rusa. Estaba mareado y la palidez de su rostro indicaba lo inevitable, vomitó y el llanto regresó. Marco se percató de que aquel sonido que se escuchaba a lo lejos ya los había alcanzado. Agua. Se alcanzaba a escuchar la fuerza de la corriente y de la caída de esta. Ya no sabía como podría controlar la situación, ya no sabía que decirle a Daniel. Se sentía perdido. Pero no podía perderlo a él también.

—Daniel, escúchame, si de verdad quieres esa gorra te la tienes que ganar. Necesito que me escuches, que me obedezcas y no cuestiones. Dependes de eso.

—Tengo miedo.

—Saldremos de esta, solo hazme caso.

—Tengo miedo.

—Yo también.

Sus ojos brillosos se encontraron y confirmaron la más grande complicidad.

—Quítate el cinturón. Ya.

—¿Qué?

—Quítatelo ahora. Confía

—Pero...

—¿Quieres la gorra? Quítatelo.

Daniel obedeció y en el momento exacto del click su hermano lo apretó a su cuerpo, casi asfixiándolo, protegiéndolo. Los chirridos se acabaron, el carro por fin cedió y cayó al agua, dos segundos después esta empezó a infiltrarse. Marco había soltado a Daniel y lo empujó por la ventana para que saliera, pero en cuanto estuvo afuera se aferró al borde de esta y le rogaba a Marco que se apurara, este luchaba sin éxito por desabrochar su cinturón, pero cada vez más agua lo rodeaba. El broche se había atorado con el impacto y la función retráctil hacía su trabajo a la perfección, no podía salir, estaba atrapado. Los gritos de Daniel se escuchaban lejanos, la corriente del río era solo un murmullo y sus corazones estaban en altavoz. Se voltearon a ver, se extendieron la mano y entre lágrimas se sonrieron, el coche empezó a bajar.

—Suéltate, nada, tú puedes.

—Marco, no. Sal, por favor.

—Daniel, ve, no está tan lejos la orilla, confió en ti.

—Marco, ven conmigo, tú puedes.

—Eres muy valiente, ahora, nada.

—¡Marco! No juegues conmigo. Ven, vamos a estar bien, ven.

—Suéltate ya, solo prométeme algo.

—¿Qué?

—Cuida la gorra, es mi favorita.

—Lo prometo.

Cerró los ojos y quitó toda la fuerza concentrada en sus manos, empezó a nadar y no volteó más. Marco estalló en llanto y aunque lo sabía inútil, siguió peleando con el cinturón. Se escucharon las aspas del helicóptero y soltó un suspiro, sabía que su hermano estaría a salvo, pero no cuanto más aguantaría él, rogaba por que llegaran a tiempo. Era una caída larga y demasiado estrecha como para que un helicóptero bajara. Lo rodeo el agua y el auto se sumergió, sus pulmones empezaron a quedarse sin espacio para respirar y no tardaron mucho en volver su lucha más débil, hasta que sus manos soltaron el cinturón y se entregó a merced del fluir del rio. Su corazón se detuvo. Se rompió la sincronía.



Ivonne González

La hora del muerto

Adaliz Estrada

Llevo tres noches seguidas despertándome a la misma hora: tres de la mañana, aunque todo empieza antes de que abra completamente los ojos. En sueños escucho los ladridos de los perros y tengo la sensación de que me observan. Cuando despierto, me encuentro con la oscuridad que no es tan densa como para evitar que sienta escalofríos al ver un bulto amorfo.

Por lo general, si necesito ir al baño durante la madrugada, mantengo los ojos cerrados, ya sabes, no sea que se me vaya el sueño. Camino arrastrando los pies, hago lo que tengo que hacer y con la misma me regreso a la cama. Antes de volver a dormirme, miro el reloj, por eso puedo decir con certeza que nunca me levanto después de las dos de la mañana.

Es inusual lo que me está sucediendo, y es que no solo me despierto a la hora que llaman “del muerto”, sino que siento tanto miedo que ni siquiera puedo dejar fuera de las cobijas, y mucho menos de la cama, el dedo gordo del pie.

Tú sabes que, durante mucho tiempo, solo he vivido con mis cuatro gatos, de los cuales, dos de ellos son completamente negros y, según leí en internet, estos me pueden proteger de los espíritus malignos. Sé que dirás que esas son tonterías, pero me he sentido verdaderamente aterrado que tengo la necesidad de creer en algo. Sin embargo, cuando despierto, encuentro a uno dormido con la panza para arriba en mi sillón favorito, mientras el otro se pasea por donde están sus platos, buscando algo de comer. Puedes reírte, ya que su comportamiento confirma lo que piensas de estas cosas, entonces ¿será acaso que me estoy sugestionando?

Son cerca de las 11 de la noche, los párpados comienzan a pesarme, debo dormir y no quiero hacerlo. Temo que me pase de nuevo y experimente algo peor, no por nada le llaman “la hora del muerto”. ¿Y si se me aparece un espíritu? ¿Y si escucho cómo arrastran las típicas cadenas? ¿Y si mis gatos ahora sí dan señales de que no estamos solos? Creo que dejaré encendidas las luces de la sala y el comedor, pues hasta donde sé, los fantasmas no se muestran cuando hay luz.

Despierto. Escucho los aullidos lastimeros de los perros. Si mi madre los escuchara, diría que es porque alguien va a morir. La puerta de mi habitación está entreabierta y miro que las luces están apagadas. ¿Quién las apagó? Tengo mucho miedo. De repente, uno de mis gatos empuja la puerta para salir, aunque antes de hacerlo volteo a mirarme, me parece ver en su pequeña cara peluda una expresión burlona. No, es imposible, me digo.

Me tallo los ojos y busco mis chanclas, aunque en ningún momento bajo la vista, me basta con tantear el suelo con los pies para hallarlas. En ninguna de las noches anteriores he tenido el valor para salir de la cama. Me he

quedado acostado, con los ojos muy abiertos y los oídos atentos hasta que el sueño me vence. Pero hoy, algo me incita a levantarme.

Abro completamente la puerta y lo primero que distingo es a Bruno en medio de la sala, está allí, meneando lentamente la cola, al mirarme, gruñe como si fuera a atacarlo y retrocede. Me estremezco al escuchar ese gruñido estridente y desconfiado.

Comienzo a sentir la presencia de alguien más. Miro a todos lados tratando de no descuidar ningún espacio: quiero evitar ser sorprendido. De pronto, escucho que un vaso se rompe tras de mí. Era el vaso en el que tomé agua ayer; me dio flojera llevarlo a la cocina y lo dejé en el comedor. Al caer se derramaron las últimas gotas que mantenía, aunque viéndolo de cerca hay más que unas cuantas gotas, de hecho, es más cantidad de lo que el mismo vaso podría contener.

Instintivamente doy varios pasos hacia atrás, no creo posible lo que estoy mirando: el agua regada ha formado un charco oscuro y ligero que se dirige hacia mi estudio y no se detiene hasta llegar al librero. Allí, unos brazos largos y casi huesudos emergen con fuerza de él; las piernas tardan un poco más pero finalmente salen. No encuentro la cabeza, no sé siquiera si tiene una. Mi curiosidad ha crecido tanto y tan rápido como la charca de agua.

De repente escucho el maullido de mi gata, comienzo a llamarla porque temo que ese ruido asuste a lo que sea que se está formando y no me dé tiempo de descubrir qué es. La miro acercarse con un juguete en el hocico. Bisbeo. Pero ella pasa de largo hacia el charco y deja caer en sus pies el juguete. ¿Qué? Me sorprende su reacción siendo tan arisca con todo el mundo.

¿Qué pasa, nena? Aquí estoy, le digo en voz baja. Tengo en mente los años que me llevó ganarme su confianza y no entiendo cómo a la primera se ha entendido con eso. Mis otros gatos también se acercan a él y digo él porque no encuentro otra forma de nombrarlo. Su ronroneo me indica que están a gusto frotando su cuerpo con una parte del suyo. Ninguno me ha preferido, vaya, ni me miran.

Tardó varios minutos en tomar forma, pero ya está completo: está jorobado, sus extremidades son muy largas, su cabeza, que apenas se distingue, parece pesar demasiado como para levantarla. No puedo verle



Alicia Ramírez

las orejas o los ojos.

Yo sigo parado en la puerta sin saber qué esperar. Lo veo tomar la fotografía en la que estamos juntos tú y yo. Fue la última. Ambos estamos posando con una gran sonrisa junto al árbol de navidad. La pone demasiado cerca de su cara, hace un ruido que...al parecer la olfatea. No tarda en regresarla a su sitio. Su cuerpo comienza a moverse hacia todos lados al mismo tiempo, haciendo crujir lo que quiero pensar, son sus huesos. ¡Creo que se transforma! Entre las sombras de la noche, no es más que un ser humano cualquiera.

Viene hacia mí. Intento moverme, pero mis piernas no responden. Quiero preguntarle quién es y me doy cuenta que tampoco emito sonido alguno, sólo estoy hablando en mi mente.

Se detiene para cargar a Bruno. Se acerca. Se acerca. Y a pesar de la oscuridad reconozco ese rostro, aunque la expresión es retorcida y esos ojos no son los míos.

No puedo moverme y no es necesario, él me atraviesa como si no fuera de carne y hueso.

Cuando recupero mi cuerpo, corro a mirar la fotografía que él tomó. No hay nada diferente. Lo sigo hasta la habitación. Él se acomoda sobre mi cama junto a mis cuatro gatos. Dejó de moverse, cerró los ojos, su respiración cada vez se nota menos.

Me siento en el sofá. No sé qué haré. El alba está llegando y espero que aclare mis pensamientos.

Estoy tan desesperado que grito. Grito con todas mis fuerzas sin pensar en que podría despertar a los vecinos. Grito porque él sigue allí, en mi cama, con mis gatos, mientras que yo estoy desapareciendo. Y solo espero que, al no verme llegar a la cita acordada, vengas a buscarme.

La mamá de mi mamá

Fidel Cantú

Hacia un frío espantoso, era invierno y el viento *chifloneaba* por las calles del pueblo. Mi abuela Eduvigés siempre tuvo encendido el fogón de la estufa para calentar un poco la cocina y ahí, estuvimos nosotros, sentados al lado de la mesa, esperando a que cayeran al canasto las tortillas que preparaba en el comal. Había guisado unos frijolitos con asado de puerco, era nuestra comida fuerte del día. No había mucho que probar, pero lo poco que teníamos era delicioso.

Mi abuela tiene cinco nietos, yo soy el menor de todos. Recuerdo que mi padre salió de la casa abrigado hasta el cuello, fue a ver cómo se encontraban los animales en el corral, por suerte ninguno había muerto de frío. Les dio de comer unas pencas de nopal chamuscadas con fuego para quemar sus espinas. Mi madre yacía dormida en su cama. Había enfermado de gripe y permanecía postrada sin poder hacer nada. Además, tenía una tos horrible, ningún remedio que le hacía la abuela la curaba. En ese entonces yo tenía seis años y recuerdo que mi madre se levantó un poco, caminó hasta donde nosotros estábamos, pero luego volvió a la cama. Mi abuela le dijo en voz baja, pensando que no la escucharía nadie –“*cómo fuiste a ser tan enfermiza, Gloria*”, y le pidió a Dios que ninguno de sus nietos se enfermara, por eso nos alimentó bien, para que creciéramos fuertes. Preparaba un café de olla y el olor se esparcía por toda la casa, pero solo ella lo bebía, a nosotros nos daba té de canela con leche de cabra.

El día que mi madre ya no pudo levantarse, fue cuando el sol ya calentaba un poco más por las mañanas y, las hojas de los árboles estaban verdes en sus ramas. Todo florecía allá afuera, menos mi madre, ella siguió enferma, de pronto no hubo más alegría en sus ojos, no pudo resistir más a la enfermedad, murió un mes de abril, a los pocos días de haberse ido el invierno. La abuela nos vistió de negro y nos obligó a que rezáramos el rosario, porque así era como debíamos despedir a nuestra madre. Luego fuimos a sepultarla al panteón, caminamos lentamente. En ese entonces no había coches, unos hombres cargaron su ataúd. Regresamos por la tarde y la abuela lloraba porque su hija, o sea mi madre, se había quedado allá solita, aunque me decía que se había ido al cielo. Yo no le creía, pues la vi que la dejaron en el pozo, ¿cómo era posible que se hubiera ido al cielo? Así pasaron los días, entre llantos y rezos para que mi madre lograra pasar al otro lado “*Que se vaya en paz, Busca tu camino Gloria*”, decían las señoras que llegaban a encender unas veladoras y a rezar el rosario, estuvieron yendo al menos tres veces por semana, durante un mes.

Si algo tengo desde pequeño es que puedo oír muy bien las conversaciones de los adultos, así es como aprendí mucho de lo que decían las gentes. Un día, oí que la abuela le platicaba a una señora que vivía cerca del río, su nombre era María.

—A m'hija Gloria la parí con mucho dolor y estando yo sola.

—¿Cómo que sola doña Eduviges?

—Sí, María, andaba yo en el río lavando la ropa de mis otros chamacos y de mi difunto esposo, y que se me revienta la fuente, pos'a de usted creer que ahí mismo tuve a m'hija, me recosté en unas piedras grandes, hasta que salió la güerca, llorando de asustada, la bañé ahí mismo con agua fresca, luego corté el cordón umbilical, la amamanté un rato y después eché al canasto la ropa que ya había lavado, me regresé caminando por la vereda con m'hija cargada en mi brazo derecho, y en el izquierdo, traía el canasto con la ropa limpia. No fue hasta que llegué a la casa que la amamanté de nuevo.



Ivonne González

—Ay doña, pos eso sí se le creo, ahí mismo, donde sea que le toque a una dar a luz a las creaturas. Yo todos los tuve en mi casa, eso sí bien gritones mis hijos, y bien necios, quien los viera ahora que han crecido, todos se me fueron, ya hasta se olvidaron de una. Nomás vienen cuando tienen problemas o necesitan dinero. Oiga doña ¿y hace cuánto que nació Gloria?

—Pues m'hija tenía apenas veintisiete años, mi Gloria se me murió jovencita. Ahí me dejó a los cinco chamacos, y pos ni modo voy a criarlos hasta donde yo pueda. Nomás que a mi yerno no se le ocurra irse con una vieja, porque entonces, ¿cómo le hago yo?

—No, doña Eduviges, esperemos que no. Pero pues está joven su yerno, ¿apoco cree que no se va a ir?, tiene que rehacer su vida, eso sí, usted dígame que tiene que llevarse a los chamacos, usted no puede mantenerlos sola, usted ya está grande, que se los lleve, digo yo, si acaso se junta con alguna muchacha.

—Pues sí, pero que le hace una, ojalá que Dios me de vida pa'verlos crecer, ya de perdido hasta que puedan ellos hacer su vida solitos.

No había pasado ni tan solo un año de la muerte de mi madre cuando mi padre ya andaba de pajuelo, besuqueándose con cuanta señorita del pueblo se encontraba. “Las muchachas tienen la culpa” —decía mi abuela—, “ahí andan de ofrecidas, pero ninguna viene a cuidar a los chamacos. A ver, que les diga él, que tiene cinco güercos, y que van juntos con el paquete de su padre, pero pos este nomás anda jugando con ellas, y ellas también que les encanta entrometerse, nomás

haciéndose las interesadas”.

Luego, cuando llegó el otoño y las hojas cayeron de los árboles lentamente, una a una, mi padre, desapareció, se fue de un día para otro, así nomás, solo nos dejó. En el pueblo anduvieron diciendo que se fugó con una chamaca que se parecía mucho a mi mamá. Pero yo no les creía nada, porque, ¿cómo era posible que hubiera por aquí cerca alguien que se le pareciera a mi madre? Yo sé que la mamá de mi mamá, cuando estaba joven se parecía a ella y lo sé porque lo vi en unas fotos que guardaba la abuela en una cajita de madera barnizada, porque después no se parecía mucho, mi abuela envejeció, sus arrugas en el rostro la delataban.

De mi padre no volvimos a saber nada, se lo tragó la tierra. Nosotros nos criamos con la mamá de mi mamá, muy a pesar de todas las carencias ella siempre nos dio de comer, crecimos ahí en el pueblo, lo bueno fue que cuando ya tuvimos edad para trabajar, entre mis hermanos y yo cuidamos de ella, nunca le faltó nada a mi viejita. Ella vivió hasta los ochenta años. Se nos fue un día de agosto, cuando la luna llena apareció en el cielo nocturno. Se quedó dormidita, sin despedirse de nadie. Se nos fue directo al cielo, allá junto a mamá. Un día cuando también haya muerto, iré a verlas.



Ivonne González

La luz es como Sara

Ashley Manzano

Sara era muy pequeña para acordarse con exactitud de los detalles que ocurrieron esa noche, pero a mí, como su hermana mayor, me es difícil olvidarlo. Y es que a mí, se me obligó desde muy pequeña a tener lo ojos bien abiertos; debía estar pendiente de sus movimientos, no fuera a caerse y descalabrarse como era su costumbre, y ahí sí, la madriz me la llevaba yo. Mi madre se desquitaba conmigo, ya sea que me gritara o me llevara de los pelos hasta el cuarto para golpearme, según su humor histérico. Lo que más me costaba hacerle entender a Sara, era que los barrotes de la ventana no eran una escalera en la cual pudiera subirse para de ahí espiar a los vecinos, por eso debía estar muy atenta, porque Sara no entendía nada y yo recibía los golpes.

Por suerte esa noche, Sara estaba acostada en el suelo, al centro de los sillones. Muy tranquila miraba hacia el techo, de vez en cuando pasaba frente a sus ojos un tenedor que tenía en la mano, como si quisiera ocultar la luz que le caía en la cara desde el foco. La casa estaba llena de voces. Mi madre y su hermana siempre fueron muy escandalosas. La abuela las abandonó desde que eran muy niñas. Solas aprendieron que, para ser escuchadas, debían gritarle a los demás. Debían interrumpir las conversaciones para dar su opinión. Por eso sus voces se encimaban tanto, era difícil saber si peleaban o si solo se estaban riendo de sus tragedias.

Yo no podía disfrutar de jugar a las “atrapadas” con mi prima Salma, porque debía tener un ojo en los movimientos de Sara y otro en la espalda de Salma. En una de esas, llevada por la adrenalina del juego, me olvidé de todo y salté como un perro, lista para atacar el cuerpo de Salma. Creí que la niña iba a llorar, porque terminé encima de ella. Pero casi al instante, como si mi salto estuviera guiado por el orden del universo, nos invadió el silencio. Una neblina oscura se incrustó en las paredes; mi cuerpo se había quedado estático junto al de mi prima, como si estuviéramos jugando “congelados”, y por un momento, tanto silencio me hizo creer que estábamos muertas.

—¡Otra vez la pinche luz! —Gritó Lidia desde el sillón que había desaparecido junto con ella.

—Pero nistá lloviendo... —Siguió Leticia con la conversación.

—¿Se fue la luz? —Adolfo salió de su cuarto, para corroborar lo que ya todas sabíamos.

—¡Noooo, nos gusta estar así, sin ver ni madres! —Le gritó Lidia para ridiculizarlo.

En la negrura me puse a gatear, tratando de encontrar a Sara, no fuera a empezar a llorar del susto. Aparte de traviesa era miedosa, y desde que se quedó encerrada en el baño, por comerse a escondidas la pasta de dientes, le

temía a la oscuridad. A pesar de todo fue fácil hallarla y nos tomamos de la mano: eso me alivió. Todas tratamos de ir a tuestas hacía la ventana, donde un campo débil de visión comenzaba a notarse más con el paso del tiempo. Asomadas fuera del cristal todas las casas estaban como la nuestra: desaparecidas.

—¡Y todavía no llega la pendeja esa! —Lidia golpeó la ventana con furia, como si hubiera visto en los vidrios el reflejo de la “pendeja”.

El insulto era para Azucena, nuestra hermana mayor, mía y de Sara. Azucena se había levantado muy temprano, se había puesto su overol de mezclilla junto con sus audífonos amarillos, y su walkman en la cintura. Se dirigió al lavadero a tallar las jergas para limpiar los pisos de la casa. Así Lidia no tendría ninguna excusa para no dejarla salir. Pero como era costumbre, a Lidia le dio uno de esos ataques de ira recurrentes. No pude ver como inició la pelea, porque estaba tapándole la boca a Sara para que no llorara, solo alcancé a escuchar lo que Lidia le dijo entre insultos: “Si tan temprano te quieres ir de puta, mejor no regreses nunca”. Azucena le dijo que la puta había sido ella, por eso no conocía a su papá. Y pues, en un abrir y cerrar de ojos, Lidia ya la estaba ahorcando con sus dos manos contra la pared, los pies de Azucena dejaron el suelo, y su cara se hacía cada vez más roja y cada vez más hinchada, expresando muecas de dolor y espanto. Yo pensé que ahora si la vería morir frente a mis ojos, pues no era la primera vez que Lidia expresaba su violencia, pero Sara lloró y gritó como nunca y a Lidia no le quedó de otra más que soltarla. Algo debía tener Sara, aún no me explicó que, pero Lidia no soportaba verla y escucharla llorar. Azucena tuvo el tiempo suficiente para salir por la puerta, tomar la calle y desaparecer. No supimos nada de ella desde aquel día.

Como no era temporada de lluvias no teníamos velas, así que salimos al inicio de las escaleras de cemento que llevaban al pedazo de patio. Levanté la mirada y me quedé perdida en el cielo, porque aquel cielo era muy diferente al cielo negro que se miraba cuando había luces en los postes y en las casas. Ese cielo me mostraba sus tonos grises y azul oscuro. Los colores lo hacían parecer como si estuviera más cerca, que podía yo tocarlo con mis dedos arriba de una escalera muy alta. Recuerdo diferenciar las formas de las nubes, separadas del



Alicia Ramírez

color sólido del cielo, y las estrellas como lo único vivo en aquella inmensidad oscura.

Adolfo bajaba con miedo la escalera de madera que teníamos para subir al techo, y nos confirmaba que toda la colonia y “más para allá”, no tenían luz. Entre las groserías de mi mamá, la risa sin sentido de Leticia, por ver como su hija y Sara estaban tras de mí temblorosas, mi padre tratando de incorporarse en la oscuridad, ocurrió el suceso, que hasta ahora no he sabido como nombrarlo, solo lo escribo para convencerme de que todo fue real y ocurrió frente a mis ojos de niña.

Surgió en forma de luz blanca, como un túnel abriéndose a mitad de donde debía estar el cerro, que iluminó parte de la colina. La luz surgía y se desbordaba como agua de entre los árboles, y nos permitía ver su contorno. Su imponencia ante la oscuridad nos hizo mirarla perplejos, sin decir una palabra, me daba la impresión que ese hoyo blanco giraba sobre sí mismo, se parecía mucho a la luz de los faros que alumbran a los barcos en las costas, aunque yo nunca había visto un faro, así me lo imaginaba. No pasó mucho tiempo, para que esa mancha blanca fuera reemplazada por una de dos colores: roja y azul. El movimiento era más notorio, porque los colores se turnaban para mostrarse y ocultarse. Además, se parecían mucho a las luces de la patrulla que manejaba el papá de Salma; aunque esa luz tan grande, debía ser como el de cien patrullas juntas. No fui la única que pensó eso, solo que mi padre fue quien se atrevió a decirlo en voz alta.

—¿Qué hace una patrulla hasta allá arriba?

Lidia le dio un golpe en el brazo como diciéndole no seas pendejo y le gritó:

—¿Cómo va a ser una patrulla? Si es un pedo para que lleguen aquí...

A ver explícanos, ¿cómo subió hasta la punta del pinche cerro?

Salma, Sara y yo no decíamos ninguna palabra. Escuchábamos el ajeteo de los adultos, pero no nos importaba su contenido. Nuestra mirada estaba perdida en aquel lienzo negro, desbordando luz como pintura que se escurre. Sentía que mientras más la mirábamos, se hacía más grande. Llegué a pensar que iluminaría todas las montañas, y nos quedaríamos pintados para siempre por la versión roja y azul. El silencio fue algo que reflexioné hasta después. Pero fue cierto, que en todo el tiempo que duró, todo el tiempo que la luz giró y giró, jamás fue perceptible algún sonido que nos indicara si eso era una máquina, una nave, un portal, o el baile de las brujas que se decía, andaban por los montes.

Éramos seis moscas dando vueltas alrededor de una lámpara inexplicable. Lo único que me hacía entender que seguía yo viva, era ver bailar a esa luz en la lejanía. El tiempo es relativo cuando no sabes lo que esta ocurriendo. Y así como todo lo que sucedía en esa casa, no duró mucho. Entendí que hasta lo sobrenatural es pasajero. La luz de pronto desapareció,

para convertirse en un pequeño y diminuto punto blanco. En ese momento todos nos alarmamos. ¿Y ahora qué? No le perdí de vista en ningún momento, el punto blanco se elevaba con tal tranquilidad y lentitud, que nos provocaba temor. Y como diciendo adiós, se evaporó en su propio resplandor.

Al instante de perderla de vista, todas las luces se encendieron: la luz del poste nos hizo retroceder y cubrimos los ojos. Regresamos al interior de la casa. Yo estaba viendo hacia mis adentros, tratando de darle sentido a lo que acababa de presenciar, lo repetía en mi mente una y otra vez, para que no se borrara de mi cabeza. Lidia y Leticia se metieron a la cocina, y ahí siguieron su conversación a gritos, mi padre se perdió tras la cortina, que hacía de separación al cuarto de la sala, y siguió mirando la televisión. Salma estaba desconcertada, así que siguió a su madre hasta la cocina. Yo me sentía cansada, la luz se había llevado mis fuerzas. Ya no quería jugar, quería explicaciones, pero no sabía dónde buscarlas. Noté que Sara seguía triste, su mirada estaba aún más perdida que antes del apagón, y comenzaba a mover sus labios, como tratando de decir algo que no lograba entender. Se acostó al centro de los sillones y como los animales enroscamos nuestros cuerpos bajo la luz amarilla.

Los años pasaron y el recuerdo seguía intacto, tal como lo narré en estas líneas fue como ocurrió. Sara me pedía que le contara lo que habíamos visto, para que tampoco lo olvidara. —“Susi, cuéntame la vez en que se fue la luz y vimos la nave”—. Yo le decía que no estaba segura que eso que habíamos visto fuera una nave, pero ella muy confiada, aseguraba que fue la luz de alguna nave espacial, que seguramente investigaba la vida en nuestro planeta. Me decía que algún día reuniría todas las pruebas, y se lamentaba que no tuviéramos en aquel momento una videgrabadora, para tener evidencias. Cuando tuvo su primer celular, pasaba mucho tiempo en la azotea de noche, grabando los cerros por si aparecía de nuevo. Tuvo muy poca suerte, en algunas ocasiones solo alcanzó a presenciar luces pequeñas, que la cámara del celular no lograba captarlas, le dije que nadie le creería con esas pruebas, incluso traté de convencerle de que esas luces podían ser de algunos excursionistas, o de personas que subían al monte de noche, para quemar los árboles y después construir sus casas. Pero ella seguía convencida, que las luces tenían que ser señales enviadas de otras galaxias, y que solo debíamos estar atentas a sus mensajes, por si volvían a mostrarse ante nosotros.

Pero como dije antes, la vida siguió su curso y la convicción de niña desapareció de a poco, perdió todo interés por el recuerdo y por los seres intergalácticos. Se volvió una adolescente muy callada, y la mirada que yo había visto en ella, la noche del apagón, la traía casi todo el tiempo. A veces, cuando regresaba temprano del trabajo, la encontraba en la azotea, todavía con su uniforme de secundaria puesto, mirando perdidamente hacia los cerros. Después comenzó por ya no llegar a dormir, después se le hizo costumbre, pasaban semanas y no sabía de ella. Lidia seguía reclamándome por no saber

dónde estaba su hija, por no cuidarla como debía y por ser una estúpida. Pero eso ya no me importaba, tenía otros planes, salir de aquí con Sara y buscar otro destino.

Esta tarde llegué temprano, y noté un silencio inusual, el silencio que sentí la vez del apagón. Caminé entre las habitaciones de esta casa tan desconocida para mí, y al llegar a nuestro cuarto, vi una nota en mi cama que decía lo siguiente:

“Soy muy joven para saber lo que quiero, sí. Pero empiezo a saber lo que no quiero. Cada día me convierto en una pared desgajada por el tiempo y no quiero serlo. Ruego porque el viento me diga hacia donde ir y espero que nos vuelva a encontrar”...

He subido a la azotea, me senté en el lugar que le correspondía. Enciendo mi cigarro y miro hacia los cerros. Ahí siguen esas pequeñas luces, quiero pensar que Sara está allá, tratando de atraparlas, o quizá es ella quien las enciende, para decirme que está bien, que sigue aquí como en mi memoria, haciendo sus travesuras como cuando era pequeña, y esperaré el día en que vuelva a brillar tanto que ilumine todas las montañas, y que no vuelva más al centro de la sala, ocultando la luz del foco a través de los dientes de un tenedor.



Alicia Ramírez

Lodo mexicano

Fernando Galindo

Un niño como de metro cincuenta mira erguido a los ojos a un viejo como de ciento cincuenta años que lo mira de vuelta mientras le tiembla la ceja a la misma altura. Están estáticos.

De la cabeza pelona del viejo se levanta lo que el niño pensó que era una verruga pero que en realidad es una mosca peluda. Pero el niño no quita la vista del punto fijo que clavó en la cara del anciano. “No, no. Yo creo que no estás poseído.” “¿Estás bien seguro, abuelo?” “Sí, sí, yo conozco al diablo. Éramos amigos.” “¿Y por qué ya no?” “Pues es que ya ves, es un hijo de la chingada ese pinche diablo, de veras.” En eso, la mosca se posa en el ojo abierto del niño.

“Ay, se me metió un bicho al ojo.” “No vayas a parpadear, niño. No la vayas a encerrar dentro y se te vaya a guardar en la cabeza, porque ahí si vas a valer madre y te quedas con el mal adentro.” “Y entonces, ¿qué hago?” “Ya ni rezar es bueno. Toca esperar a que se vaya.”

El señor tiene demencia, pero el niño tiene un problema que va más allá de la lucha eterna entre el bien y el mal; el niño tiene una mosca en el ojo.

Este es el nieto favorito del viejo. Además, es el único que todavía le hace caso. Cuando el viejo tiene un mal día, piensa que el muchachito escucha sus historias porque todavía no se las aprende lo suficientemente bien como para poder robárselas y ser él quien las cuente y se quede toda la gloria algún día. Pero cuando está de buen humor, el viejo piensa que si este nieto aún le hace caso es porque sus historias son buenas y esto le llena el corazón.

El niño se ha vuelto cercano a su abuelo porque no le ha dicho a nadie que no sabe leer y que para evitarse el bochorno de ir a la escuela con la cabeza hueca, se sienta en la banca que está doblando la esquina cuando su mamá lo despide en las mañanas y ahí se queda quietecito hasta que escucha como se azota la puerta y se regresa a casa entrando por la ventana que a propósito deja abierta todos los días de lunes a viernes, con peligro de que se cuelen alimañas dentro, y ahí se queda toda la mañana con el viejo que anda desquehacerado.

El niño escucha religiosamente todo lo que sale de la boca del anciano porque sabe que su secreto no se sostendrá por siempre y que en algún momento tendrá que probarle al mundo que sabe cosas.

“Sóplame en el ojo, abuelo. A lo mejor así me la espantas.” “No, niño, no. Al diablo no lo espantan ni los huracanes.” “Entonces, ¿qué hacemos, abuelo? ¿Qué hacemos?” “Que te esperes, te digo. Ten paciencia. El pendejo de tu hermano se quedó bizco por desesperado.” El niño pensó que, de saber leer, apuntaría tan tremendo consejo en un cuaderno. El ojo en el que tiene el bicho se pone rojo al tacto de las galantes patitas de la mosca que lo escogió a él y no

al otro. Ahora el ojo llora de felicidad porque es la primera vez que tiene toda la atención para sí.

“Niño, ¿estás llorando?” “Yo creo que sí, abuelo.” “No puede ser. Yo a tu edad ya no lloraba. Cuando nací, el curandero que ayudó a mi madre me metió un manazo para que se me quitaran las ganas de llorar luego.” “Ay, abuelo, ya no puedo más, quitámela por favor.” “No, niño, no puedo. Solo queda esperar.” “Abuelo, ¿estás llorando?” “No.” “Sí, abuelo, estás llorando.” Los quejidos de su nieto le recuerdan al viejo los chillidos de una perra que tuvo cuando de joven cuidaba un rancho. La perra lloraba y lloraba porque el chupacabras le pisaba la cola cada que entraba al rancho para comer sin pagar. Ese animal fue la mejor amiga del anciano en ese rancho maldito en el que no había nadie con quien hablar de día y que estaba lleno de criaturas nocturnas. El día en que dejó de lloriquear fue porque se murió, de falta de aliento probablemente. Cuando el viejo, que en aquel entonces gozaba de un nombre, la encontró tesa junto a un nopal, la pateó hasta una zanja y ahí, a patadas también, la cubrió de polvo que cuando por fin llovió, se convirtió en un charco de lodo mexicano. “Ya te dije que no estoy llorando, niño. No podemos llorar delante del diablo. Se va a reír de nosotros.” “Abuelo, las moscas no se ríen.”

El abuelo también deja de parpadear y se cae para atrás sin despedirse siquiera, muerto entero. La impresión es tan grande para el muchacho que cierra los ojos solo para poder abrirlos más pero no le es posible volverlos a abrir porque ahora la mosca está incómoda en su párpado y haciendo un alboroto que parece una maraca.



Ivonne González

El globo rosa

Ana Sofía Fischl Gallardo

Mientras el globo surca los cielos, percibo el llanto de una niña. Cierro los ojos, con las manos firmes tras el volante, y pido un deseo. El mundo se detiene un segundo. Una fracción de segundo transcurre y ya no estoy. No existe un “tú”, no existo yo, no existe nada. Sólo la inocencia de una cosa rosa brillante llena de helio volando lejos de un ex-propietario ahora traumatizado por lo efímero que es la felicidad.

Papá no quería comprarle un globo, sabía que su ratoncita lo soltaría. Ella no era lo suficientemente responsable o madura para entender cómo era la pérdida. Así que papá plantó un “no” rotundo en la curvatura de sus labios. Papi no quería ir a la feria estatal y comprarle un globo rosa a su niña ya sobre-estimulada por el azúcar, y los colores, y la música. Pero la pequeña y deslumbrante sonrisa de su hija de tres años le convenció. La maldita sonrisa lo persuadió a comprarle la bolsa volátil de gas de colores brillantes más grande que pudo encontrar, con la punzante amenaza de no ser capaz de protegerla del cruel dolor de posiblemente perder su nueva adquisición en el aire, de soltar el lazo y no recuperar nada jamás. Tampoco podía protegerla del movimiento ralentizado de un accidente causado por un auto que se va a la fuga y de que las ambulancias no pudieran hacer nada al respecto porque no se les permite llevar cadáveres a ninguna parte si yacen fríos y vacíos en medio de la carretera.

Le duele no poder regresar el tiempo y dejar que ella tenga ese puto globo rosa de la feria estatal atado a su muñeca para siempre. Porque es seguro que su



Alicia Ramírez

madre no va a volver. Ahora, papá tiene que quedarse con su ratoncita cada noche, mientras le cepilla el cabello y la prepara para irse a la cama. Tiene que explicarle a su niña con gestos indescifrables porqué mami ya no le cepilla los dientes, o porqué no puede arrojársela como solía hacer, y la abraza como un padre frustrado por su mediocridad cuando ratoncita llora porque papá no logra hacer bien las voces de la lectura de los cuentos nocturnos. Se ve ante la pesadísima tarea de revelar que mamá está en una tierra lejana sin poder volver, pero muy segura y libre de tristezas, en el lugar más bonito del universo. Tiene que explicarle que mamá aún no puede enviarle postales navideñas desde donde sea que esté porque está demasiado lejos y los carteros sólo llegan hasta cierto punto.

Papá toma el camino largo a casa, sabiendo que su ratoncita se dormirá y mantendrá alejado el riesgo de que más preguntas broten de su boquita manchada de paleta helada de cereza que se acaba de comer. Aún no se ha olvidado del globo rosa, pero la criatura ahora sostiene un elefante de peluche entre brazos para mantener ocupadas sus ociosas manitas. Papá da dos giros a la izquierda y uno a la derecha. Pasa por el lugar donde el tiempo se detiene y las mentes divagan. Papá ya no mira más.

110 km/h.

Un muro parece materializarse frente a ellos de la nada.

Sabe que no puede protegerla, pero desea evitarle todo dolor evitable, como ese maldito globo rosa que se aleja cada vez más.

130 km/h.

Porque en un día como este, un brillante globo lleno de helio distrajo a un imaginativo conductor en estado de sueño en algún lugar entre las calles de “No te vi” y “No pude frenar a tiempo” y se llevó a su madre sin voltear atrás. Porque, por todo lo que tiene y por lo que daría, no puede quitarle el dolor de perder una estúpida bolsa de látex llena de aire, no puede proteger a su pequeña bebé de crecer sin madre, de tener que oír las malditas voces inventadas de su padre mientras le lee para dormir por la noche, o de que todos los días sean “día de diadema” porque es lo único que puede hacer bien.

0 km/h.

0 km/h.

0 km/hr.

0 LPM

El distractor aéreo está ahora demasiado lejos para ser visto. Parece una diminuta hormiga abriéndose camino pacíficamente en lo profundo del cielo azul. Noto un bache en mi camino, creo que me ha vuelto a topar con una zarigüeya, o quizás un perro. Sin embargo, sigo conduciendo con la mente flotando como un globo rosa lleno de helio en una feria estatal.

Bosque

Tatti Ussei

Corría por los senderos del bosque, con el aire quemando en mis pulmones. Sentía como la ropa se me pegaba a la piel y como las rocas se incrustaban en mis talones, pero eso no importaba, yo debía seguir. Casi me largo a llorar al ver en la lejanía lo que parecían las luces de un pueblo en la inmensa oscuridad. Me detuve por un segundo, tocándome la parte izquierda de mis costillas, jadeando por aire y rogando que mi corazón no se escapara de mi pecho. Pero tuve que seguir moviéndome, más ahora que escuchaba los ladridos de perros acercarse. A medida que veía las luces de la civilización que se acercaban, el alivio se transformó en llanto y desesperación al ver una verja alzándose en lo que no parecía tener fin. Quise treparla, pero la maldita estaba electrificada y me hizo volar de nuevo al suelo. Ahogué un grito de dolor y miedo cuando una luz blanca me encegueció. Pude, después de unos segundos, acostumbrarme al resplandor, y vi a alguien de pie frente a mí, apuntándome con un arma directo a la cabeza.

—La encontré —dijo por la radio.

Lo miré fijo, y en silencio, y como un último deseo, pedí que mi carne, ni la de los demás, no fuera suficientemente buena para ser comercializada y consumida.



Ivonne González

El compendio cósmico

Alejandro Avila

Hacia mucho tiempo atrás, casi cincuenta años después de su alza en el siglo III a.C., dos antiguos bibliotecarios de aquel destino intelectual y cultural de la Alejandría mediterránea descubrieron por accidente, entre el inmenso concentrado de obras, cierto texto, cuya existencia era hasta entonces desconocida, mismo que llevaba por título «Οι πρώτοι άνθρωποι». Enigmático desde el inicio, presentaba en sí una idea opuesta a toda creencia de la época, ya que en su interior se describía un origen de lo humano ajeno a cualquier cosmovisión y mitología que se conociera en ese tiempo, en el que constantemente se hacía mención de seres extraños, siendo los más recurrentes los de aspecto femenino referidos como «Las Nodrizas». La obra era un completo misterio; había aparecido sin más cuando estos dos, uno aprendiz del otro, se encontraban revisando y acomodando los volúmenes que acababan de recibir de un barco proveniente de Atenas, el cual se había detenido para reabastecerse, justamente, en Alejandría.

Tras leer la obra, cuyo título traducido del griego era «Las Primeras Personas», ambos supieron de inmediato que darla a conocer como una más del vasto misceláneo era muy arriesgado. La Biblioteca de Alejandría tenía como fin principal recabar la mayor cantidad de textos posibles acerca de todo tipo de temas, tal y cómo Demetrio de Falero había visionado en un inicio, pero que solo hasta su creación, creída por muchos bajo el reinado de Ptolomeo II, su visión se vio hecha realidad, por lo que de alguna manera tenía sentido que aquel texto estuviera allí; sin embargo, su naturaleza suponía ser carente de sentido. No parecía ser una reproducción de otra como las que había en gran medida; era un ejemplar original y único. Los dos bibliotecarios supusieron que alguna de las personas que antes los habían sucedido en su labor pudo haberlo escrito y dejado allí, lo que explicaría la forma en la que habría evadido las revisiones a las que se solían someter los textos que entraban, mismos que de no ser aprobados eran, por lo general, quemados; pero toda suposición que construían en base a eso y a lo poco que tenían los llevaba a hacerse las mismas preguntas: ¿Por qué? ¿Quién sería capaz de escribir tal cosa? ¿Qué significado tendrían esas extrañas palabras, nombres, lugares y términos que se encontraban ahí escritos? Y de ser real lo que se relataba, ¿cómo su autor sería capaz de saber todo eso que él mismo había narrado? Para ninguna de sus preguntas había respuestas. Solo podían recurrir a la especulación.

Los dos bibliotecarios, luego de meditarlo durante un buen rato, concluyeron que la obra no podía ser desechada sin más, pues tenía tal elegancia y cuidado en su forma de estar escrita que la dotaban de un aura casi religiosa; no podía perderse una obra de tal valor, incommensurable y blasfemo. Ambos decidieron entonces ahondar entre los recovecos de la biblioteca, hasta que

dieron con un rincón el cual les pareció un buen sitio para esconder el texto. Tuvieron mucho cuidado de que nadie los siguiera, y cuando se aseguraron de que la obra había quedado bien oculta, ambos supieron que lo que habían hecho había sido un acierto, y a su vez, un error. Guardaron silencio, y sin decir más nada volvieron a sus obligaciones, conscientes ambos de sus acciones, pero inconscientes del peso que estas dejarían caer sobre ellos y otros en un futuro.

Transcurrieron los años; el joven aprendiz se había hecho un hombre, mientras que su maestro era pues ya más viejo. Los dos continuaron con su labor como bibliotecarios de manera ejemplar, y al cabo de diez años, ambos parecían haber olvidado por completo aquello con lo que se habían topado ahí mismo hacía tanto tiempo.

II

Una noche llegó a las costas de Alejandría un barco que llevaba a bordo diversos objetos originarios de Jerusalén, entre ellos varios textos, y un curioso pergamino que tenía escrito en su interior un extraño poema. Al igual que «Οι πρώτοι άνθρωποι», nada se sabía de él; alguien, o algo, se había encargado de dejarlo dentro del cargamento del barco sin ser visto. Tal fue la sorpresa que se llevó el antes aprendiz cuando a la mañana siguiente recibió los volúmenes provenientes de Jerusalén, y entre todos leyó aquel poema escrito en hebreo, el cual se suponía que se encargaría de reproducir, al igual que las demás obras, para tener un ejemplar propio dentro de la biblioteca. En él se había encontrado con cierta palabra, que, pese a la diferencia de lenguas, refería al mismo lugar que aquel antiguo, oculto y olvidado texto describía, y que en su momento le había provocado a él y al ya viejo hombre una inmensa extrañeza: «Rishbot», un lugar lejano, al sur de Alejandría —según lo que daba a entender el primero de estos escritos—.

Durante el resto de su lectura, un constante vaivén de memorias hacía que el hombre se acordase, como si de una llave en su psique se tratase, de aquella misteriosa obra que él y su maestro habían escondido años atrás, mismo al que luego de terminar de leer el poema fue a buscar para mostrárselo. El poema llevaba por título « טובשיר וברוח », sin embargo, el tiempo se encargaría de hacerlo conocido en algún momento de sí como «La Debacle de Rhishbut».



Ivonne González

III

Cuando el viejo tuvo entre sus manos el pergamino recordó, al igual que su antes aprendiz, aquello que hacía tanto había leído; el otro hombre lo veía, esperando que dijera algo, pero de la boca del viejo no salía más nada que aire, producto de la agitada respiración que comenzaba a presentar. El anciano miró al joven, quién vio el miedo y el asombro en su rostro.

Ninguno comprendía como era posible, pero estaban seguros ambos de que «Οἱ πρότοι άνθρωποι» y « טובשיר ן ברוח » guardaban un secreto en común: cada obra había sido escrita en un lugar, una lengua y una fecha distinta a la otra, pero de alguna manera se complementaban entre ellas, como si estas narraran en conjunto alguna historia mayor, o inclusive, se encargaran de introducir alguna nueva mitología al mundo, aunque poco ignoraban ellos el hecho de que, solo tal vez, las dos relataban acontecimientos que realmente tuvieron lugar hacia varios eones; llegaron a pensar que quizás ambas fueron escritas por la misma persona, por ese supuesto antiguo bibliotecario de Alejandría que en algún momento habría viajado hasta Jerusalén, pero, como al comienzo, no tenían la certeza de absolutamente nada. Igual que entonces, ambos se encargaron de esconder el pergamino en el mismo lugar en el que habían ocultado el otro texto, justo en el rincón más oculto de la biblioteca, esta vez no olvidándose de ellos. Luego de un tiempo, un tercer escrito apareció, este en latín, el cual presentaba indicios de pertenecer a la misma cosmovisión que los otros dos; pronto fueron apareciendo más obras similares de todas partes del mundo y en todas las lenguas a lo largo de los años, narrando historias sobre entes cósmicos infinitamente más complejos que los humanos, de entre los que destacaban los que llevaban por nombre Tzumogh, Yv'oht, Camha-or, Natukk —al que por sus descripciones se le consideró el ancestro primigenio del monstruo griego Tifón—, y muchos más, mismos a quienes se les fue atribuido el sobrenombre de «Los del Vacío» por estos dos bibliotecarios.

Gradualmente la vida de ambos llegó a su fin, pero antes de morir se encargaron de hacerse de más discípulos que continuasen con su labor desde las sombras; habían sido pues, inconscientemente, los responsables de haber creado una orden oculta dentro de la propia biblioteca, la cual por años se encargó, a la vista de todos, de recopilar, estudiar y proteger aquellos relatos, sin que nadie supiera nunca lo que en verdad hacían.

IV

Años después del exilio de Cleopatra VII en Roma, acaecido ya el conflicto por el trono entre ella y su hermano Ptolomeo XIII, se dio una larga guerra que acabó con incontables vidas humanas, misma que traería consigo, a principios del año 47 a.C., un fatídico destino para la Alejandría mediterránea, uno profesado en un último poema a manera de advertencia para la orden, pero que cuyo barco

en el que era transportado fue destruido por las flotas ptolomeicas de Egipto, quienes pensaron que se trataba de un barco romano. Tras el establecimiento de Julio César en Alejandría, quien mantenía una alianza con Cleopatra y la apoyaba en su búsqueda por el poder en Egipto, la ciudad pronto se vio envuelta en numerosos asedios que debilitaban cada vez más el poderío del dictador. Desde su llegada, consciente de que lo que estaba por ocurrir, creyó correcto el enviar la mayor cantidad posible de textos ubicados en la biblioteca dentro del complejo palacial a Roma, para así no perder tan inmenso cúmulo de conocimiento durante los conflictos próximos, sin saber él que la naturaleza de algunos de ellos era desconocida, y que rayaban casi en lo pagano.

Apostado en el palacio, Julio César ordenó a sus hombres quemar los barcos enemigos; sin embargo, el fuego se extendió desde los navíos hacia los puertos, e, inevitablemente, se dispersó hasta provocar un incendio que transformo en cenizas a personas, casas y arsenales, de los cuales uno se encontraba muy cerca de la biblioteca; era cuestión de tiempo antes de que el fuego quemara los textos que había en ella; y si bien no se perdieron todas las obras dentro del lugar, cierto es que la primera sección en arder fue en la que se encontraban ocultas las obras pertenecientes al compendio cósmico, así como también algunas cuantas hechas por Aristóteles, Platón, Sócrates, entre otros. Al cabo de tres años de la tragedia ocurrida en Alejandría, Julio César habría sido asesinado, y luego de otros catorce, Cleopatra sufrido el mismo destino.

Algunos escritos fueron sacados a tiempo y luego protegidos por los miembros de una orden ya casi extinta, otros transmitidos durante siglos muy celosamente de manera oral, pero el resto de ellos, que se cree pudieron haber llegado a ser miles, se perdieron bajo las llamas, mientras que aquel poema que los buscaba proteger yace, hasta hoy, en el fondo del mar mediterráneo, no muy lejos de Chipre.



Ivonne González

Nosotros, los verdaderos poetas

Paulo Neo

Ya nadie lee poesía, es cierto. Es una verdadera lástima, como imaginarán. Solo nosotros, los verdaderos poetas, somos los encargados de mantener su llama encendida, su magnífica influencia vital y enriquecedora para el mundo y las generaciones venideras.

Y hablando de los más jóvenes, de los adolescentes: es bastante preocupante, creo yo, esa actitud despectiva que suelen mostrarnos a nosotros, los verdaderos poetas. Eso sin tener en cuenta que ninguno de ellos sabe quién fue Neruda, Machado o García Lorca. Ni mucho menos recitar los más de 2.300 versos del Martín Fierro. Como nosotros, los verdaderos poetas, solemos hacer en cada tertulia literaria, sin falta.

Lo que voy a contar, lo he sufrido en carne propia. No vayan a pensar que soy como esas columnistas de revistas extranjeras. Esas que viven inventando estupideces para conseguir el aplauso fácil, la sonrisa plácida de los lectores de prosa simple, de ideas sin vuelo ni metáfora digna de nosotros, los verdaderos poetas.

Fue hace unos días, en la Feria del Libro. Es allí donde nosotros, los verdaderos poetas, solemos reunirnos y congregamos al resto de la población. Nunca hay demasiado público, lamentablemente, pero eso se debe a que la magnificencia de la Poesía no es para todos, claro está. Aun así, nosotros, los verdaderos poetas, convocamos a sendos recitales líricos donde la gracia del vuelo poético desciende y se posa sobre nuestras almas.

Como digo, fue mientras leía. Apenas promediaba los primeros cuarenta minutos de mi magistral ponencia. Declamaba los gráciles versos de mi poemario “Luces de manantial del Alba” y fue entonces que lo vi. El muchacho, que no tenía más de trece o catorce años, hacía todo lo posible por quebrar el estado de gracia poética en el que me encontraba. Sin ningún tipo de respeto hacia nosotros, los verdaderos poetas, el muchacho revisaba su celular, charlaba con sus compañeros, movía las piernas y se abanicaba con un cuaderno.

No pude aguantarlo, la vista se me nublaba por momentos y se me hizo imposible continuar con la lectura. Con algunas lágrimas corriendo por las mejillas, decidí levantarme y caminar entre el público. Esto es un acto que suelo realizar: me acerco a los asistentes por detrás y les susurro algunas palabras sueltas que riman entre sí. Por ejemplo: viento y sentimiento; luna y pluma; fuego y juego; alma y calma; cosas así. Lo que resulta siempre divertido y un verdadero ejemplo de Poesía Viva, como la llamamos nosotros, los verdaderos poetas. Que siempre nos mantenemos a la vanguardia de estos menesteres.

Bueno, resulta que cuando llegué justo detrás del muchacho, lo encontré tan ensimismado que ni siquiera se percató de mi presencia. Y

entonces sucedió. Perdí la compostura y le asesté un sonoro golpe con la carpeta de tapa dura en la que llevo mis poemas. Vi la sangre corriéndole por la nuca, vi cómo se desvanecía, vi como sus amigos gritaban que había que llamar una ambulancia y me lanzaban insultos de lo más hirientes. Pero nada de eso me importó. Porque aquellos eran mis versos más conmovedores. Los que compuse tras la muerte de mi marido Palomino, al que le faltaba una pierna y que debe estar observando desde el cielo, disfrutando de mis lecturas, como solía hacer en vida.

Y es así, sin más, que he llegado a la conclusión del principio, queridos lectores. Ya nadie lee poesía, es cierto.

Excepto nosotros: los verdaderos poetas.



Alicia Ramírez

Si las lágrimas pudieran saciar

Juan Miguel Bermúdez Ochoa

Llevaban dos días caminando. El sol pegaba con fuerza sobre la tierra, volviendo insoportable cada paso que daban. La madre y su niño habían cruzado kilómetros de tierra desierta. Por fin veían a la distancia la ciudad, los edificios se imponían altos y firmes, casi como si rozarán el cielo y fueran conscientes de ello.

Ahí seguro encontrarían agua, se repetía una y otra vez. Si algo sabían los humanos era como robarla, almacenarla y malgastarla. La madre oyó a su pequeño chillar: tenía sed. Faltaba poco, tenía la certeza o al menos creía tenerla. La necia esperanza era lo único que le quedaba, lo que la impulsaba a continuar, eso y su pequeño. Restregó su mejilla contra la suya, todo estaría bien.

Donde antes vivían se encontraba un gran lago, un extenso y vasto lago, del que bebían con confianza. Hasta que les fue arrebatado. Sus aguas cristalinas, opacadas; el azul celeste que reflejaba, ennegrecido como la tinta; su belleza, consumida; los animales que ahí habitaban, desaparecidos. Esos humanos de la ciudad lo envenenaron. Sin la fuente principal de vida poco preocupaba que las plantas murieran y el alimento escaseara, morirían mucho antes de que aquello ocurriera.

Tuvieron que abandonar su hogar, empezar una larga marcha, sin saber si serían recompensados al final. La incertidumbre impidió a muchos acompañarlos y los que lo hicieron pronto se rindieron, sucumbidos por la falta de fe y el miedo que los devoró por dentro. Ahora solo ellos dos quedaban: una madre y su hijo.

Al acercarse al exterior de la ciudad, donde los edificios aún no eran tan altos, notaron algo peculiar. Lo primero que lo delató fue el silencio, el canto de un pájaro era lo único que destacaba sobre el aullar del viento. Lo segundo fueron las calles, vacías, vacías por completo. Lo tercero fue el aroma indescriptible que impregnaba el ambiente, lo espesaba y encerraba. Fue cuando un segundo sonido se alzó sobre las ráfagas de aire: un zumbido, varios zumbidos sin cesar. Provenían de más adelante. Con un ligero temblor en las rodillas se acercaron y doblaron la esquina.

Lo que encontraron los dejó a ambos paralizados. El montón se alzaba por más de metro y medio, abarcando casi media calle. No sólo había moscas, también ratas escurridizas metiéndose entre los huecos que encontraban, mordiendo y rasgando a su paso. El olor se había intensificado, provocando náusea y disgusto. En la pila brazos y piernas colgaban sin vida, de hombres, mujeres e incluso niños, sus ojos fijos miraban en todas direcciones. Lo que fuere que hubo ocurrido no involucró sangre, los cuerpos cubiertos de polvo no tenían ninguna mancha roja que escurriera por su piel, pero al

observar con detenimiento se apreciaba en ellos unas cuantas rozaduras y moretones. El proceso de descomposición se hallaba bastante avanzado, sus huesos se marcaban con profundidad, sus uñas eran amarillentas y alargadas, casi como garras.

La madre y su pequeño retrocedieron, horrorizados y continuaron con su búsqueda. En el trayecto se encontraron con otros tres cúmulos de cuerpos amontonados uno sobre otro. Las calles estaban llenas de botellas de plástico vacías y las tiendas arrasadas y saqueadas. Fue entonces que escucharon unos gritos que acallaron al instante. Pese al claro peligro que pudieran encontrarse, decidieron encaminarse hacia el origen del ruido.

Cuando llegaron la vieron, tan apacible, casi estática y muy anhelada. Reflejando en su cuerpo las inmensas nubes del grisáceo cielo y respirando con pequeñas vibraciones, como si de pulsaciones se tratara, pulsaciones que nacían del interior de la tierra. Era el viento que la mecía, acariciándola cual dócil animal. Dormía sobre el hundido asfalto agrietado. No era de amplia extensión, ni de transparencia absoluta, pero ahí estaba, real y palpable.

Justo a punto de acercarse, observaron a un ave caer en picada con las alas extendidas y aterrizar con delicadeza sobre una pata. Agachó la cabeza y abrió su pico para beber de las aguas de aquel charco ahí formado. De pronto un silbido y el pájaro estaba ensartado a la mitad por una lanza. Ambos contemplaron como el indefenso animal se retorció aterrorizado y sin escapatoria. Abatía sus alas con desesperación, en un incrédulo intento de escape. La sangre comenzó a correr por su negro plumaje hasta que se quedó inmóvil.

Apareció con lentitud, deslizándose con la sutileza de un felino. La fiera andaba con sus cuatro extremidades, primero las delanteras, luego impulsando y retrayendo las traseras. Tomó la lanza entre sus garras y la extrajo del cadáver que había atrapado. Entonces se giró, advirtiendo la presencia de la madre y su hijo. Saltó sobre el charco y se interpuso entre ellos. Emitió un bramido desde el fondo de su garganta y empuñó la lanza. Luego inclinó la cabeza, curioso y bajó el instrumento despacio.

Conmocionado de repente, se volvió hacia el agua y tomó un poco haciendo un hueco entre sus manos. Gotas apetecibles cayeron sobre el suelo. Extendió su brazo hacia ellos y agachó su cabeza. La madre, luchando contra todo instinto que la alertaba, se aproximó al humano que les ofrecía lo que hace unos segundos se sentía como un sueño imposible. Mantuvo a su hijo a sus espaldas hasta que su hocico chocó con las manos de aquel hombre. Su lengua reseca estaba por rozar una maravilla.

Entonces, en menos de un segundo, con un movimiento repentino y eficaz, el hombre sujetaba la lanza de nuevo y se la clavaba en un costado. La majestuosa criatura se levantó en ambas patas rugiendo de dolor. Al aterrizar el piso retumbó, pero no tuvo tiempo a reaccionar. El humano atacó a su hijo,

penetrando la lanza a través de su pequeña cabeza apenas desarrollada. No pudo emitir ruido alguno, su cría cayó muerta al instante.

La madre volvió a rugir y se preparó para embestir. Sin embargo, su cuerpo, carente de energía, se lo impidió. El humano se había vuelto a interponer entre ella y el charco, amenazándola con la lanza, ansioso del ataque. Ella observó a su pequeño, quieto y sin vida. Trató de moverlo, sabiendo que era en vano, no volvería a ponerse de pie. Ya no había razón para seguir luchando, perdió lo único que amaba y la impulsaba a continuar.

Se alejó de aquel hombre y del charco, cabizbaja, continuando así su larga marcha. Sin embargo, estaba incompleta ahora y no había propósito alguno de continuar su búsqueda. Una lágrima se escurrió por su mejilla, llegando hasta su hocico. Entonces escuchó un alarido detrás suyo, pertenecía al asesino de su hijo, corría hacia ella. La madre se giró y con una sacudida de su cabeza, ensartó con su cuerno al hombre, atravesándolo por la mitad. Él perdió su fuerza al instante y la lanza cayó.

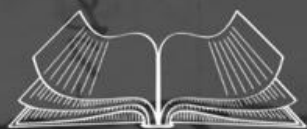
Se acercó a la formación de agua. Ahí seguía, inmóvil. Su boca rogaba por que la humedeciera en ella, que se llenara de aquella sustancia. Sin embargo, ya no la deseaba. Y la necesidad ausente de deseo no tiene fin de ser. Dejó caer al hombre sobre el charco y la sangre comenzó a propagarse como raíz. El agua se tornó roja por completo, eso era lo que hacían los humanos después de todo. Se expanden y se adueñan de lo que no les pertenece, lo consumen hasta que es casi inexistente, y lo que queda lo malgastan y corrompen, lo envenenan. Eso son los humanos, veneno de vida, de tierra y de agua. Hasta que ya no queda nada.

De repente toda fuerza la abandonó y se desplomó. Se arrastró por la calle agrietada, hasta donde su cría se encontraba. Se colocó a su lado, abrazándola entre su cuerpo. Más gotas corrieron por su rostro, infiltrándose por sus labios secos. Si tan sólo las lágrimas pudieran saciar, pensó. Y con un último llanto dejó de respirar.



Ivonne González

¡Revista *Por Escrito* te
invita a su nuevo taller!



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

← ————— →

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

← ————— →

Para más información escríbenos:



CONTACTO@PORESCRITO.COM

Consejo Editorial

Editora General
Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva
Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje
Cecilia Durán Mena
Virginia Meade (f)
Andrea Fischer
Fernando Montoya

**Coordinación de Enlace
y Relaciones Públicas**
Itzayana San Germán Ceceña

Diseño Editorial
Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Foto de portada
De amor y poder, de luz en la oscuridad
Santiago Hoyos

Radio
Cecilia Durán Mena
Juan Carlos Padilla Monroy

Producción del Programa de Radio
Isis Ayled González Martínez
Alex Carlin
Diego Valdez

Cuarto de Guerra
Alumnos de la Universidad Anáhuac
y Universidad del Claustro de Sor Juana

Digital
www.porescrito.org

Contacto
contacto@porescrito.org
55 5575 0476



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número cincuenta. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-2022-111013495900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, Ciudad de México.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Junio-Julio de 2024.**



También estamos en:



55 7378 8336



Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

“Voy a hablar de lo otro, de lo que generalmente se calla, de lo que se piensa y lo que se siente cuando no se piensa”

Inés Arredondo
Río subterráneo



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para NUNCA dejarlos ir